

EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE ÁVILA



MERCADOGRANDE

CAPÍTULO II

AB URBE CONDITA:

SOBRE LOS ORÍGENES Y LA ROMANIZACIÓN DE ÁVILA

INÉS CENTENO CEA
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

JAVIER QUINTANA LÓPEZ
ALACET ARQUEÓLOGOS, S.L.



Hasta aquí hemos repasado el registro estratigráfico, las huellas en la tierra de los que pasaron por el espacio de la actual plaza de Santa Teresa, pero en poco nos hemos acercado a esos habitantes. El capítulo que se inicia con estas líneas, cuyo título, aunque con un valor muy diferente, hemos tomado prestado de Tito Livio, pretende dar el paso de la estratigrafía a la Historia, centrándonos en las evidencias más antiguas detectadas en nuestra excavación.

El objetivo de la Arqueología no son los acontecimientos marcados por la sucesión de capas de tierra y superficies de intervención, ni tampoco el análisis de los materiales que se recuperan en esos niveles, su razón de ser son las sociedades del pasado. A los arqueólogos no nos interesan las piezas, por muy espectaculares que pudieran ser, lo que nos importa es la sociedad que las fabricó, usó y finalmente las consideró un desecho, una basura más. Intentamos, en suma, hacer un relato histórico a partir de esos vestigios de la cultura material, muchas veces los únicos que nos quedan de aquellos que vivieron en nuestro mismo suelo, y de su evolución a lo largo del tiempo. Para alcanzar ese objetivo es obvio que debemos arrancar de una buena documentación de las evidencias enterradas, aspecto que hemos compendiado en el capítulo precedente, así como de un análisis exhaustivo de los restos materiales.

El resumen de este último estudio, de forma escueta y "expurgado" de aquellos aspectos más técnicos que cuadrarían mal con el carácter divulgativo de la presente publicación¹, es lo que se encontrará el lector en las páginas siguientes. Para no perder de vista ese objetivo de reconstrucción del proceso histórico, hemos integrado el estudio de los materiales más antiguos de la excavación del Grande en dos epígrafes, que tratan respectivamente sobre los orígenes y la romanización del primitivo núcleo abulense. En ellos, partiendo de lo que hasta ahora se ha publicado sobre estas cuestiones, aportaremos lo que resulte de nuestro análisis acerca de la cronología, el carácter de las sociedades a los que pertenecieron dichos útiles, las relaciones comerciales² o la evolución de la sociedad desde los orígenes hasta la última evidencia romana de nuestra estratigrafía, que como ya hemos tenido ocasión de anunciar, no parece sobrepasar el umbral del siglo I d.C.

A la hora de abordar el estudio de los materiales más antiguos, base sobre la que se asientan las siguientes líneas, debemos tener muy presente las características del contexto arqueológico. Como ya hemos explicado en el capítulo anterior, los estratos que han aportado el amplio elenco de restos estudiado, formado por miles de fragmentos cerámicos y algunos

¹ Todos estos aspectos técnicos del estudio de los materiales, con sus descripciones pormenorizadas, cronologías y paralelos con otros yacimientos, serán objeto de una publicación particular dirigida a los especialistas y que en estos momentos se encuentra en preparación.

² En este sentido ha resultado básico el análisis de pastas cerámicas de varios fragmentos de cerámicas de mesa romanas (sigillatas) realizado por los investigadores del departamento de Arqueología (M^a Victoria Romero Carnicero) y Cristalografía y Mineralogía (Alejandro del Valle González, M. P. Niño Sacristán y F. J. Álvarez López) de la Universidad de Valladolid, en el marco del Proyecto de Investigación PB98-0362 del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Por su carácter eminentemente científico, los resultados de esta analítica se publicarán junto con el estudio técnico que hemos anunciado, pero vaya por delante nuestro agradecimiento. M^a Victoria Romero y Santiago Carretero, también del departamento de Arqueología, nos ayudaron igualmente en la identificación de algunos de los materiales romanos.



objetos metálicos, de vidrio y de hueso, han sido definidos como echadizos de colmatación o nivelación. Ello quiere decir que están formados por tierras traídas o arrojadas intencionadamente en este lugar, bien como resultado de una acumulación de basuras o bien de obras de nivelación para las cuales se echa mano de escombreras o muladares de cualquier otro punto de la ciudad.

Lejos, pues, de encontrarnos ante los restos uniformes de una habitación derrumbada, con un ajuar doméstico propio de las actividades que en ella se desarrollaron, estamos ante niveles que incorporan trozos cerámicos de diversas procedencias, posiblemente desde vajilla de las residencias más ricas hasta utensilios de actividades artesanales, sin que podamos probar, además, que en cada uno de los sucesivos estratos todo ese abanico social esté representado de la misma manera. En suma, si entendemos que los desechos generados por una sociedad constituyen un reflejo de la misma, los que presentaremos son distintas fotografías de la antigua *Obila* a lo largo de poco más de un siglo, aunque no se trata de imágenes que se puedan superponer de una manera estricta.

Frente a esta limitación de partida, la gran ventaja que ofrece la estratigrafía de la unidad de excavación 3 es que nos brinda una visión diacrónica del proceso de romanización hasta ahora prácticamente inédito en las excavaciones efectuadas en la ciudad. En la siguiente exposición asistiremos a la rápida evolución de las producciones cerámicas que circularon en la ciudad a lo largo del intervalo temporal comentado, desde la primera ocupación todavía no romanizada hasta la importación de productos novedosos, que reflejan la influencia de los conquistadores y la entrada de este núcleo en el circuito comercial del Imperio, y a la par, a la perduración de los productos alfareros indígenas, cuya huella vettona diferencia nuestro conjunto material de época altoimperial romana del de otras zonas del orbe romano.

El estudio de un conjunto cerámico que pretende trascender su plano material para acercarnos a la sociedad que lo produjo es una labor complicada que, como han señalado diversos autores, aún se complica más si está inmerso en un proceso de aculturación, como es el de la romanización, que sin duda transformó todas aquellas actividades en las que participan los recipientes de barro, desde los procesos culinarios hasta la forma de almacenar y presentar la comida (Beneítez, Hevia y Montes, 1999; Alcorta Irostarza, 1991: 35). Si como en el caso de la arqueología de los vettones, las producciones cerámicas de los últimos momentos de los castros más cercanos apenas se conocen (Álvarez Sanchís, 1999: 208), adolecemos del referente necesario para evaluar la intensidad de las transformaciones que la nueva dependencia de Roma produce en la alcajería.

En las investigaciones sobre las cerámicas romanas el criterio funcional se ha ido imponiendo como el mejor camino para llegar a conclusiones sociales o históricas, y ello a pesar de la reconocida dificultad de asignar una determinada pieza a uno u otro grupo, pues su versatilidad es amplia y se reconoce incluso en los tratados de los autores clásicos (Beneítez, Hevia y Montes, 1999). Dentro de esos grandes apartados (cerámica de mesa, cerámica de cocina, de despensa y almacén, de transporte y de tocador) se incluyen distintos tipos de producciones, algunas de las cuales, como la *terra sigillata*³, la cerámica pintada o la de paredes finas, tienen una clara función en el servicio de mesa en compañía de los recipientes vítreos, y otras, como el amplio abanico de las cerámicas comunes, presentan graves problemas de asignación debido a su

³ Típica producción cerámica romana del servicio de mesa que aparece por todo el Imperio y que es fácilmente distinguible por su característico barniz rojo. Su nombre deriva de la presencia en algunos vasos de la firma del alfarero, el *sigillum*. Sobre esta producción se han realizado numerosos estudios que nos permiten conocer con precisión su cronología y, con un grado menor pero muy estimable de fiabilidad, sus centros de producción, comercio y distribución.



polifuncionalidad, pues vasos con perfiles similares pueden haber tenido diversos destinos (caso de las ollas en las cocinas y las orzas en las despensas, por ejemplo).

Pese a estas dificultades, siguiendo esa recurrida asignación funcional hemos dividido el conjunto entre el servicio de mesa, que comprende todos aquellos vasos tradicionalmente asignados a funciones como beber, comer, trasegar, servir líquidos o presentar la comida (platos, cuencos, copas, tazas, jarras, botellas y fuentes), la vajilla de cocina, destinada a procesar alimentos tanto en caliente como en frío (ollas, cazuelas, sartenes, tapaderas, morteros, coladores, embudos, etc.) o para lavar (barreños), los recipientes de almacén y transporte (orzas, tinajas, dolia, ánforas, ...) y, por último, anecdóticos dentro de nuestro conjunto, los recipientes con otras posibles funcionalidades, quedando englobados dentro de cada uno de estos grupos piezas de las distintas producciones reconocidas.

El estudio del material cerámico de cada uno de los niveles se completa con los escasos objetos significativos de metal (bronce principalmente) y hueso o dando cuenta de la reducida muestra de fragmentos de vidrio. Estas últimas piezas debieron tener un lugar dentro de los servicios de mesa y de tocador, completando las funciones de los vasos cerámicos del mismo modo que los recipientes de madera -de los cuales nada queda- lo harían con la vajilla de cocina.



LOS ORÍGENES DE LA CIUDAD

Analizamos en este capítulo las diferentes teorías que hasta el momento se han esbozado acerca del origen y carácter del primitivo núcleo poblacional abulense para finalmente, y a la luz de los datos obtenidos en nuestra excavación, proponer aquella que nos parece más viable. Como paso previo repasaremos muy sucintamente los datos arqueológicos con que contamos relativos a los niveles más antiguos encontrados y publicados hasta la fecha en la ciudad⁴.

DATOS ARQUEOLÓGICOS Y TEORÍAS SOBRE LA FUNDACIÓN DE ÁVILA

No son escasas las excavaciones arqueológicas realizadas en la ciudad que han aportado restos de época romana, sin embargo, en la mayoría de los casos se trata de elementos muebles, piezas cerámicas sobre todo, metales y vidrios que aparecen en niveles de revuelto, de relleno, acompañados por materiales medievales, modernos o contemporáneos. Como se ha apuntado repetidamente (Mariné, 1995: 299; Caballero, 1996: 150), parece que el movimiento de escombros destinado al relleno de bodegas, sótanos o incluso barranqueras u otros accidentes naturales ha sido una constante en el devenir histórico de la ciudad. Este mismo trasiego de tierras unido a la presencia muy superficial del sustrato rocoso podría estar explicando de algún modo la escasez de niveles originales de este momento fundacional (Caballero, 1996: 150).



Cerámicas pintadas de los niveles indígenas y romanos del Grande

⁴ Las más recientes excavaciones realizadas en la ciudad y que pudieran aportar datos sobre estas cuestiones, entre ellas las practicadas junto a la muralla, en varios solares de la ciudad o la que nuestro gabinete Alacet Arqueólogos está realizando en los patios de la catedral cuando escribimos estas líneas, se encuentran sin publicar, pero es de esperar que cuando vean la luz alimenten el debate sobre todos estos temas.



Muy raros resultan, por tanto, los lugares excavados en los que contamos con evidencias de estos primeros momentos en su posición primaria. La zona que ofrece mejores perspectivas en este sentido parece ser la localizada en la catedral y en su entorno inmediato, al tratarse lógicamente de un área que ha sufrido menores remociones de tierra, al menos desde el momento de la construcción del templo (Fabián García, 1996: 279), espacio que además se configura como el más elevado de la ciudad.

El primer nivel correspondiente a momentos tempranos, y hasta fechas recientes el único con el que se contaba, se localiza efectivamente en la zona próxima a la catedral, en el **Palacio de Valderrábano**. El problema es que se trata de datos antiguos, obtenidos en 1969 y no a través de una excavación arqueológica, sino a partir de la observación directa de un corte dejado al descubierto tras el vaciado del solar para llevar a cabo obras de remodelación en el palacio.

En cuanto a su interpretación, parece que no existe acuerdo en la bibliografía. Así, Martín Valls (1976: 384 y nota 31) al comparar un vaso de cerámica pintada, polícroma, documentado en Ciudad Rodrigo en un contexto claramente romanizado -presencia de sigillatas sudgálicas e hispánicas, cerámica común, de paredes finas...- con otro recogido en el corte del palacio que nos ocupa, apunta que este último procede del nivel inferior de la estratigrafía, en el que, según sugiere, está ausente la sigillata. Piezas de este tipo, por contra, sí parecen localizarse en el nivel inmediatamente superior, fechado en la segunda mitad del s. I de nuestra era. A partir de este dato sugiere que el nivel inferior, sin sigillata, podría situarse en la segunda mitad del s. I a. C.

Cerámica común de los niveles romanos del Grande



La existencia de este nivel previo parece ser cuando menos dudosa. Mariné (1995: 305) describe en dicho corte un único estrato, altoimperial, en el que comparecen estas cerámicas pintadas asociadas a la sigillata, cerámica común y otros materiales constructivos, en un contexto en definitiva datable entre los siglos I y III. En la misma línea se encuadra el estudio realizado por Barraca de Ramos del conjunto de cerámicas pintadas documentadas en este solar (Barraca de Ramos, 1998: 95-105), quien finalmente

señala que "las formas abulenses responden a la tipología básica de la cerámica de tradición indígena de finales del s. I d. C", cronología ésta que parece coincidir con la aportada por el conjunto de sigillatas recogido en el mismo corte.

Un último enclave completa el listado de "lugares" en los que se han documentado restos "in situ" de época romana altoimperial. Se trata de las evidencias documentadas en el entorno de la **Basílica de San Vicente**, fuera ya de la cerca de la ciudad, al este de la misma y muy cerca de la puerta murada del mismo nombre. El sitio, como bien señala su excavador (Caballero, 1996: 151) tiene la gran importancia de "documentar el primer nivel altoimperial intacto en la ciudad de Ávila", nivel que además aparece asociado a un pavimento de "*opus signinum*" de unos 3-4 cm de grosor conformado por "una mezcla de esquirlas de piedra, restos de fauna y cerámica común triturada". Este depósito, de entre 45 y 80 cm de espesor, contiene restos fundamentalmente faunísticos y en menor medida cerámicos, estando prácticamente ausentes los materiales constructivos.



Los datos aportados por esta intervención son de singular importancia para nosotros, no solamente por la proximidad física entre la Plaza de San Vicente y la Plaza de Santa Teresa, sino también por la similitud del material arqueológico que ambos sitios ofrecen, al menos en un momento determinado de sus respectivas secuencias. Así, el lote cerámico integrado en este nivel remite claramente a época altoimperial, datable según el autor (Caballero 1996: 151) en la segunda mitad del s. I y la primera mitad del s. II d. C. Se compone mayoritariamente de cerámica común, junto a la que comparecen cerámicas de tradición indígena y terra sigillata hispánica.

Curiosa resulta la aparición de este pavimento de *signinum* en un sector en el que desde hace unos años, y a partir de las argumentaciones de Rodríguez Almeida (Rodríguez, 1981), se ha venido señalando la existencia en este solar de una necrópolis romana de incineración coetánea con los primeros momentos del devenir de la ciudad. No vamos a entrar aquí en la argumentación completa que ha fundamentado dicha ubicación, sólo comentar que ésta parece probada por la gran cantidad de material constructivo y epigráfico de carácter eminentemente funerario -sillares, aras votivas, cistas, urnas, estelas o lápidas- que se encuentra embutido en el lienzo este de la muralla (Rodríguez Almeida, 1981; Mariné 1995: 300-303).

Las excavaciones realizadas en la Basílica y en la Plaza de San Vicente no han documentado, sin embargo, resto alguno de la mencionada necrópolis. En los dos sectores sondeados en la plaza (una cata de 2 por 2 metros en cada sector) no se han encontrado rellenos de época romana (Fabián García, 1996: 280), constatándose las evidencias señaladas -nivel y pavimento- en la zona localizada al oeste de la iglesia. Esta circunstancia, sin embargo, no parece argumento suficiente para dudar de la existencia de una necrópolis, probada, como hemos visto, por numerosos testimonios arqueológicos y que bien pudo localizarse (Caballero, 1996: 151) más próxima a la muralla, en concreto en el sector en que el recinto murado describe, en su extremo noreste, una extraña curva.

Otros dos puntos intramuros han deparado el hallazgo de restos romanos, aunque de momento⁵ y al corresponder a época tardía no permiten aportar datos acerca del origen de la ciudad. Se trata en particular de un nivel, al parecer intacto, que ha sido constatado, aunque no excavado, durante el desarrollo de una intervención de urgencia en el interior del claustro de la catedral y que ofrece material de esta cronología (Fabián García, 1996: 279-280; Caballero, 1996: 151), y de otro de similares características asociado en este caso a restos estructurales documentado en la misma plaza de la catedral, en la trasera del Palacio de los Velada (Caballero, 1996: 151; Fabián García, 1996: 280-281).

⁵ Decimos de momento porque al menos en lo que se refiere al claustro de la catedral parece muy posible que bajo el nivel tardorromano, no excavado, puedan existir niveles anteriores. Más aún si tenemos en cuenta la estratigrafía romana que estamos encontrando en la excavación que en estos mismos momentos realiza en los patios de la catedral situados al sur del templo, muy próximos, por tanto, al Palacio Valderrábanos.



Cerámica común y plato legionario de los niveles indígenas y romanos del Grande



Numerosas resultan las intervenciones realizadas en el solar abulense que han deparado materiales altoimperiales en niveles revueltos, en los que estos restos aparecen, mezclados con otros medievales, modernos o contemporáneos, colmatando pozos o escarpas naturales. La lista es abundantísima y no es nuestro objetivo enumerarlos todos, por lo que nos limitamos aquí a mencionar los que han aportado las evidencias más significativas.

Rodríguez Almeida (1981:34) apunta la aparición de abundante material romano ("*sigillata*, aretina e hispánica" y cerámica común), fuera de contexto, en el año 1966 entre las calles Pedro de Lagasca y Reyes Católicos. Posteriormente, y ya englobada en las intervenciones de urgencia que con frecuencia se realizan en la capital abulense desde los años 80, se excava un solar en la calle Tres Tazas esquina a calle Don Ramón, (Larrén y Terés, 1987: 191-216) en el que se documentan niveles de relleno con materiales de época romana y moderna. Entre los primeros abundan las piezas tardías aunque también se reconoce la presencia de formas y tipos altoimperiales como los platos de sigillata de las formas Hisp. 35 o Hisp. 5 (Larrén y Terés, 1987: 186, fig. 2). En la Calle de Marqués de Sto. Domingo con vuelta a la calle Candil (Fabián García, 1999: 223) se documentó, juntamente con un horno datable entre el final del Medievo y el comienzo de la Edad Moderna, un importante lote cerámico, en el que abundan las producciones de tradición indígena, fechable en torno al siglo I d. C. (Barraca de Ramos, 1998: 98).

Estas intervenciones, y otras muchas que no enumeramos aquí, si bien no pueden aportar datos acerca de la organización y disposición interna de la ciudad, sí constituyen un continuo "ruido de fondo" que evidencia el dinamismo urbano en estos primeros momentos.

A partir de todos estos datos, mucho se ha especulado acerca del origen y carácter de la fundación de Ávila como núcleo poblacional, y ello es porque a pesar de la práctica ausencia de estratigrafías fiables y en posición primaria, como acabamos de ver, la misma planta de la ciudad, regular e inscrita en una muralla de la entidad de la de Ávila, ha dado pie por sí misma a esbozar diversas hipótesis.

Dejando de lado las interpretaciones míticas sobre el origen de la ciudad que desde el siglo XVI y hasta el inicio de la arqueología moderna se han venido sucediendo, aunque hay que hacer mención que ya en la primera de ellas, la firmada por Antonio de Cianca en 1595, se advierten las inscripciones presentes en las murallas, lo que le sirve para afirmar que la ciudad tuvo una etapa romana (Mariné, 1995: 286), debemos hacer mención en primer lugar a Rodríguez Almeida (Rodríguez, 1980). Para este autor la muralla de Ávila, levantada sin duda por los repobladores medievales, reproduce fielmente el perímetro de una estructura similar y anterior de época romana cuyo interior alberga el típico trazado regular de una "colonia" y que puede rastrearse perfectamente en el plano actual. Así, un estudio detenido del callejero revela la existencia de una serie de calles que reproducen el trazado ortogonal romano: *cardines* y *decumani* principales, regulares y que confluyen en un espacio abierto, una plaza pública, el foro, allí donde los repobladores medievales de la ciudad establecieron el antiguo Corral del Concejo y que actualmente constituye la plaza del Mercado Chico. Estas calles principales desembocan en diversas puertas que se abren a la muralla, que se corresponden igualmente con las actuales, en alguna de las cuales cree ver parte de la cimentación original.

Como hemos mencionado, a la salida de una de estas puertas, la de San Vicente, en el sector E de la muralla, este investigador localiza el emplazamiento de una necrópolis de incineración dependiente de la ciudad. Se basa para ello de manera primordial en la abundancia de materiales reutilizados identificados en este lienzo de la muralla y que contrastan claramente con el tipo de piedra empleada por los repobladores medievales.

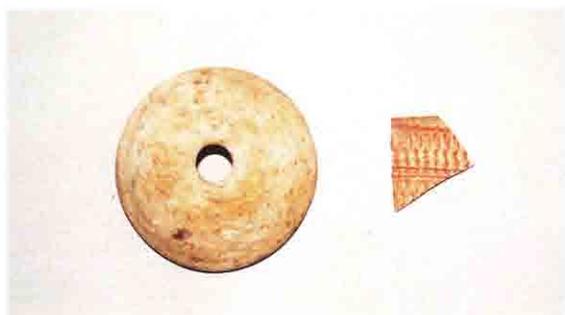


El estudio de este material epigráfico le permite esbozar una teoría acerca de la cronología de esta necrópolis y por añadidura de la ciudad de Ávila, proponiendo unas fechas de fundación encuadradas en época flavia⁶. Asimismo, documenta entre los epígrafes una fecha absoluta que remite a fines del s. I d. C., al constatarse en una de estas piezas un texto que hace referencia a "unos siervos de Trajano"⁷.

En cuanto al carácter de esta fundación, Rodríguez Almeida supone que pudiera tratarse de un establecimiento de tipo pseudomilitar, que desempeñaría un papel de vigilancia en una zona que hasta fecha reciente era controlada por el mundo de los castros. Plantea en este sentido que debió constituirse una especie de colonia de soldados veteranos, que si bien lógicamente nunca tuvo este status, si debió funcionar en la práctica como tal.

Años después Mariné incide de nuevo en la idea de una fundación romana de nuevo cuño, basándose igualmente en la planta de la ciudad, cuyo "recinto amurallado reproduce, sin variación, la disposición de un campamento romano, que es la que rige también para las ciudades creadas *ex novo*, en un lugar donde no se aprovechan ni transforman construcciones anteriores" (Mariné, 1995: 208). Para esta autora el recinto de la muralla actual reproduce también, y en todo su perímetro, el trazado de la vieja cerca romana, resaltando asimismo el plan regular interno y el reaprovechamiento de material romano, sobre todo en el lienzo oriental de la muralla. Esta circunstancia incide una vez más en la idea de la existencia de una necrópolis altoimperial en la explanada de la Puerta de San Vicente. Esta autora revisa y completa el estudio del material epigráfico existente, para llegar a similares conclusiones cronológicas que Rodríguez Almeida (Mariné, 1995: 303). Interesantes resultan también las conclusiones que extrae sobre la población reflejada en estos epígrafes, al señalar que "se trata de una sociedad de hispanorromanos, que cuenta con algunos ciudadanos -poseedores de *tria nomina*, esto es, tres nombres que definen la máxima categoría social-, teniendo la mayoría denominaciones indígenas latinizadas" (Mariné, 1995: 302), datos estos que corroboran las impresiones que hemos obtenido a partir del estudio del conjunto material recuperado en El Grande.

Caballero (1996: 151), en su trabajo sobre los resultados de las excavaciones de la Plaza de San Vicente, recupera las tesis de Rodríguez Almeida y Mariné, destacando las fechas de finales del s. I - s. II d. C. dadas por estos autores para el funcionamiento de la necrópolis y por extensión para la ciudad, dataciones estas que parecen en perfecta consonancia con las proporcionadas por las piezas que recupera en la excavación y que, como hemos visto, sitúa en la segunda mitad del s. I y en la primera mitad del s. II.



Fusayola, contrapeso de telar y fragmento de vaso de paredes finas del nivel romano superior del Grande

⁶ La dinastía Flavia abarca del 69 al 96 d. C., inaugurándose con el emperador Vespasiano y terminando con el asesinato de Domiciano.

⁷ Marco Ulpio Trajano, emperador que sucede a Domiciano y gobierna desde el 98 hasta el 117 d. C.



Otra línea interpretativa viene marcada por las opiniones apuntadas en los últimos años por Esparza y Martín Valls (1992). Sugieren estos investigadores que la fundación del enclave abulense vendría determinada por la propia conquista romana, encajando en este caso, y a diferencia de otros muchos enclaves en los que se observa una continuidad de poblamiento, en la idea tradicional de que la política romana conllevó el abandono de los emplazamientos en altura, de carácter defensivo, para instaurar otros en la zona llana, más fácilmente controlables. Apuntan los autores en este sentido que la fundación de Ávila (la *Obila* citada por Ptolomeo) podría datarse en época postsertoriana⁸, momento en el que la arqueología documenta un proceso de despoblación en los castros del entorno como Las Cogotas, La Mesa de Miranda o Ulaca, y en el que, al menos a partir de mediados del s. I a. C., es posible rastrear la existencia de un núcleo de población en el actual solar abulense. Esta última idea parte de un único dato que ya comentamos: para Martín Valls en el Palacio Valderrábanos hay un nivel indígena previo a la romanización, que identifica por uno de los vasos policromos y que sitúa en esta segunda mitad del siglo I a. C. (Martín Valls, 1976: 384 y nota 31), sin embargo, y como también dijimos, son más los autores que niegan la presencia de ese estrato previo a la irrupción de las producciones de *sigillata* (Mariné, 1995: 305; Barraca de Ramos, 1998: 102).

En casos como el del asentamiento de El Raso de Candeleda esta consecuencia de la política romana impuesta a partir de César, que recibe el cargo de gobernador de la *Ulterior* en el año 61 a. C. e inicia una campaña para establecer en estratégicos emplazamientos en llano a los habitantes de los castros, marca el final de la ocupación del poblado (Fernández Gómez, 1986: 521-526).

Cerámica común romana de almacén, del nivel romano superior del Grande



Similar línea interpretativa ha sido apuntada recientemente por Álvarez Sanchís (1999 y 2001), quién matiza un poco la opinión anteriormente expuesta, señalando que el abandono de los castros debió responder más a la propia iniciativa indígena, dados los nuevos patrones económicos imperantes, que a una imposición militar real. En cualquier caso, y eludiendo el problema de la motivación concreta que propició el abandono del mundo de los castros, lo cierto es que la población debió descender de estos antiguos y quizás obsoletos emplazamientos a la vega, para ubicarse seguramente, tal como señalan estos autores, en el lugar hoy ocupado por la ciudad de Ávila, por más que los datos para hacer esta última afirmación eran enormemente débiles.

⁸ Sertorio se ve implicado en las guerras civiles por el poder en Roma en contra del partido de Pompeyo, desarrollándose en territorio hispano parte de este enfrentamiento, en concreto entre el 77 y el 71 a. C., año este último en el que Sertorio es asesinado. Esta contienda tiene singular importancia en la Meseta porque supone el fin de muchos de los grandes asentamientos indígenas, no sólo de los del territorio vettón.



MATERIALES Y CRONOLOGÍA DE LOS NIVELES BASALES

Como ya hemos tenido ocasión de relatar, la primera huella humana detectada en el espacio de la unidad de excavación 3 son una serie de estructuras subterráneas talladas en el nivel natural y cuya interpretación es dudosa al haber documentado el estado final de un proceso de repetida excavación de hoyos, con frecuencia interfiriéndose entre sí, y que además fueron prácticamente arrasados por una nivelación posterior del terreno. Sabemos de la presencia de asientos de postes de estructuras aéreas, de un buen número de hoyos de mayores dimensiones interpretados como silos y de una posible rampa para facilitar el tránsito, y creemos que todos estos elementos pudieron integrarse en un espacio que habría servido para el almacenamiento y la transformación del grano.

Estas estructuras, casi por completo arrasadas y tan escasamente llamativas, revisten sin embargo una especial importancia, pues son la evidencia más antigua de la ocupación de este sector de la plaza, vinculable además a los orígenes de la propia ciudad. Su cronología, a falta de otros argumentos, vendrá dada por el estudio de los materiales de los estratos que se superponen de manera más o menos directa. En primer lugar un nivel de limitada extensión y potencia reconocido de manera exclusiva en una reducida área de la zona occidental de la unidad de excavación, y que creemos que es el resultado de la mezcla de tierra arenosa del nivel natural con la colmatación original que tuvieron algunos de esos hoyos. Practicada la nivelación del terreno que ocasiona la destrucción de la mayor parte de esas estructuras, se deposita en toda el área un echadizo donde se integran restos de los rellenos de los otros hoyos con, probablemente, nuevos materiales de desecho.

De ese nivel de colmatación inferior obtuvimos muy escaso material cerámico, en compañía de una moneda desgraciadamente ilegible y de unos pocos elementos metálicos nada significativos. Los fragmentos cerámicos corresponden bien a la producción de cerámica pintada indígena, denominada así porque hunde sus raíces en los vasos en uso en la Segunda Edad del Hierro, en el mundo de los grandes castros de nuestra área, de cerámica común y de cerámica engobada, caracterizada esta última por presentar un recubrimiento rojizo que puede tener un carácter más utilitario que decorativo. Su reparto dentro de los grandes grupos funcionales definidos, que nos permitirá una primera comparación con lo obtenido en los siguientes niveles, es de este modo⁹:

Servicio de mesa 4 (10 %)	Vajilla de cocina 34 (85 %)	Cerámica de almacén 2 (5 %)
Cerámica pintada: 3 (75 %)	Cerámica común: 32 (94,11 %)	Cerámica común: 2 (100 %)
Cerámica común: 1 (25 %)	Cerámica común engobada: 2 (5,89%)	

⁹ Para obtener la representatividad de cada tipo funcional y producción, así como de las formas específicas diferenciadas dentro de cada una de las anteriores, hemos atendido al criterio de identificar individuos a través de los bordes o, en algún caso particular, por ejemplo fustes de copas o asideros de tapaderas, a partir de otros rasgos morfológicos, pero hemos excluido de este criterio los rasgos decorativos correspondientes a cuerpos de vasos para evitar la sobrerepresentación que de este modo alcanzarían las piezas más decoradas.



Como vemos, el conjunto está ampliamente dominado por los tipos destinados a la elaboración de alimentos, que representan cerca del 85% del total, seguidos de lejos por la cerámica de mesa y almacén. Se advierte también una escasa diversificación en las producciones, en claro contraste con lo que veremos en los estratos subsiguientes, lo cual ignoramos si se debe al sesgo introducido por la escasez de la muestra o a una realidad de este nivel y extensible a la ocupación general de la ciudad en estos primeros tiempos.

La vajilla de las mesas es en este momento la tradicional en el mundo prerromano, es decir, son alfareros indígenas los que producen las piezas que hasta aquí llegan, sin que apreciemos ni un solo fragmento perteneciente a vasos importados. Las formas reconocidas son también habituales en esta alcallería: cuencos de borde redondeado, vasos globulares con cuello corto y borde abierto, etc.

La única ornamentación presente en este nivel son líneas horizontales pintadas en tono marrón recorriendo por el exterior algunos de los galbos y bandas de tonalidad rojiza. La presencia de estas últimas constituye un rasgo típico de las producciones pintadas de la Meseta Sur ya desde el siglo I a.C. (Abascal Palazón, 1986: 103-104).

Este detalle de las bandas vinosas, por tímida que sea su aparición -2 piezas- en este ya de por sí escueto conjunto, puede tener un importante sentido cronológico si tenemos en cuenta los datos de algunos otros yacimientos. En efecto, la ausencia en nuestro lote de motivos pintados en negro y propios del celtiberismo clásico, como los que por ejemplo aparecieron en Las Cogotas (Álvarez Sanchís, 1999: 207-208, figs. 81 y 84), o bien la combinación entre motivos en negro y bandas rojizas como se da en el yacimiento vacceo de Coca (Romero, Romero y Marcos, 1993: 259, fig. 7), parece alejar nuestros fragmentos de una cronología antigua sincrónica de los castros vettones, es decir, de finales del IV hasta finales del siglo II a. C., y la aproxima, por contra, a la influencia de la Meseta Sur, que en nuestra submeseta se advierte ya en los conjuntos llamados tardoceltibéricos de época postsectoriana o de mediados del siglo I a. C., como sucede en los castros vettones romanizados de Salamanca o Ciudad Rodrigo, donde perduran hasta mediados de la centuria siguiente (Martín Valls, 1976: 374-384, nota 31; Martín Valls *et alii*, 1991: 161, fig. 10; Misiego *et alii*, 1999: 202-203, fig. 4; Álvarez Sanchís, 1999: 208-211).

Si este nivel es, por tanto, cercano a mediados del siglo primero antes de la era, debemos entonces preguntarnos por la cronología de las estructuras excavadas que aparecen bajo él, y en este caso podemos servirnos de un argumento negativo, como es la señalada ausencia de productos celtibéricos clásicos, que ni siquiera aparecen fuera de contexto en otros puntos de la ciudad. En conclusión, creemos que la fecha en que se tallaron estos hoyos en el nivel natural debe encuadrarse en la primera mitad del siglo I a. C., aunque no podamos precisar el momento exacto, produciéndose la amortización de los mismos, marcada por este depósito de colmatación que estamos analizando, en algún momento de la segunda mitad del siglo, dando paso a la definitiva rehabilitación de esta zona de la ciudad, protagonizada por el estrato detrítico que constituye el segundo nivel de nuestra estratigrafía.

Con el resto de las producciones de este nivel no merece la pena detenerse demasiado pues no nos aportan nuevos argumentos cronológicos y tampoco son especialmente significativas por sí mismas. Bastará con saber que las piezas destinadas a la cocina están dominadas por una forma simple de cuerpo globular y borde saliente a la que le cuadra a la perfección el apelativo de olla, pues prácticamente es el mismo perfil que encontramos en las cerámicas populares hasta hoy en día, rastreando su presencia ya en los castros vettones, como es el caso del Raso de Candeleda (Fernández Gómez, 1986: 463-465, fig. 469). En ocasiones estas ollas recibieron engobe o, más bien, una aguada precocción de color rojizo en la zona



del borde. Tampoco en los almacenes y despensas hay mucha variedad, siendo lo más frecuente el tipo orza, de perfil similar a las ollas pero de mayor tamaño, paredes más gruesas y bordes reforzados de sección cuadrada o rectangular. Otro recipiente con esta última función de mayor altura y forma más estilizada puede ser calificado como una tinaja. A diferencia de los vasos destinados a las mesas, más susceptibles a las modas y que reflejan muchos más cambios a lo largo del tiempo, los cacharros de cocinas y despensas son eminentemente funcionales, encontrando paralelos casi idénticos desde los castros vettones hasta la alfarería popular de nuestros días, pasando por la etapa romana, la medieval o la Edad Moderna.

Recordemos que, una vez nivelado el terreno y como parte de la rehabilitación de este espacio para otros usos, se aportó un nuevo echadizo, relativamente copioso en fósiles arqueológicos, así como en otros desechos como maderas o huesos de fauna, que constituye el último nivel de esta fase en cuyo momento final, con mucha timidez, ya parece que se dejan entrever algunas influencias romanas.

Junto a las cerámicas, que suponen el grueso del depósito, también se recuperaron algunos restos de otros materiales, como varios fragmentos de hierros y bronces y parte de una fíbula, posiblemente del tipo conocido como de doble resorte.

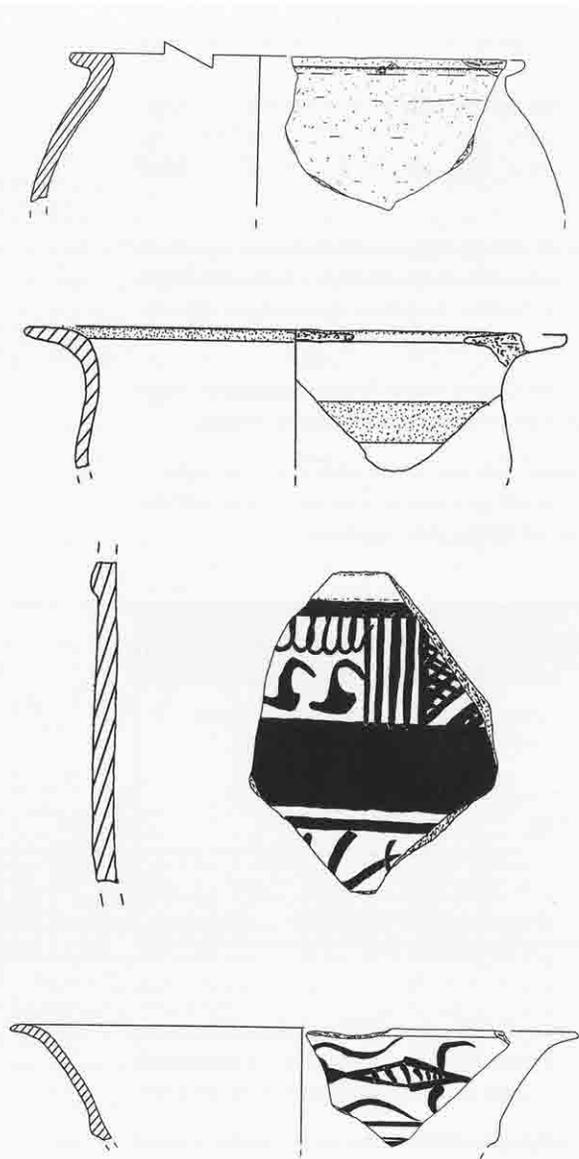
Por lo que concierne a las cerámicas, respecto al nivel anterior observamos una mayor diversificación de tipos y producciones, aunque esta evidencia puede ser el simple resultado de contar ahora con un conjunto muchísimo más nutrido. En cualquier caso, su representación por funcionalidades atendiendo al número de bordes es la siguiente:

Servicio de mesa 26 (10,07%)	Vajilla de cocina 218 (84,49%)	Cerámica de almacén 13 (5,04 %)	Otros 1 (0,38 %)
Cerámica pintada: 20 (76,92%)	Cerámica común: 204 (93,57%)	Cerámica común: 12 (92,30%)	Cerámica a mano: 1 (100%)
Cerámica gris bruñida: 4 (15,38%)	Cerámica común engobada: 14 (6,42%)	Cerámica común engobada: 1 (7,70%)	
Cerámica común: 2 (7,69%)			

En suma, vemos que los ejemplares se agrupan por funciones siguiendo las mismas pautas que el nivel anterior, asignándose de forma mayoritaria, en torno al 85%, al servicio de las cocinas, dejando para las mesas poco más del 10% de los recipientes y un 5% al almacenaje, y añadiéndose una anecdótica pieza elaborada sin ayuda del torno en una última e indefinida categoría.

Ante la todavía ausencia de los servicios de mesa romanos, en este nivel los recipientes destinados a servir, comer y beber siguen siendo los tradicionales vasos de cerámica pintada, acompañados por algunas piezas de cerámica común y, como novedad, por una minoritaria producción de cerámica gris bruñida estrechamente relacionada con aquella.





Cerámicas comunes y pintadas, a diversas escalas

La cerámica tardoceltibérica¹⁰ pintada presente en este depósito muestra una mayor diversificación de tipos, pues junto con los cuencos de borde redondeado y los vasos globulares de borde saliente encontramos otros, también posiblemente destinados a beber, como el cuenco carenado, los cuencos o copas de borde horizontal volado y los vasos de forma troncocónica. Ahorraremos al lector la comparación de nuestros ejemplares con los presentes en yacimientos de la Meseta de este momento, pasando directamente al tema de las decoraciones que contienen mejores marcadores cronológicos.

Las escasísimas piezas del nivel anterior ya nos presentaron la bicromía de bandas vinosas y líneas marrones o negras, siguen perdurando en este estrato, siendo el motivo más recurrente, pero seguramente gracias al mayor número de restos podemos señalar que se distinguen varios motivos pictóricos perfilados en negro en los frisos dejados en reserva por las bandas y que incluso encontramos un fragmento policromo, al combinar la pintura blanca con la negra y la roja.

En cuanto a los motivos en negro, parece que dentro de los frisos son comunes las composiciones metopadas, sirviendo como elementos de división líneas verticales paralelas, aunque en otras ocasiones pueden desarrollarse esquemas continuos. Encontramos motivos geométricos como arcos colgantes o espacios triangulares reticulados o estrellas y triángulos con cilios. En ocasiones estos diseños geométricos aparecen en metopas vecinas a otras con

¹⁰ Este apelativo usado en terminología arqueológica hace referencia a las producciones realizadas en la Meseta desde el segundo cuarto del siglo I a. C., herederas directas de los productos celtibéricos clásicos y que llegan hasta época romana. A partir de mediados del siglo I d. C., cuando empiezan a comparecer junto con las sigillatas y reciben influencias de estos productos romanos, pasan a ser conocidas como cerámicas romanas de tradición indígena, aunque no es posible establecer un límite claro entre unas y otras (Abascal Palazón, 1986; Sacristán de Lama, 1986; Sacristán y Pérez, 1988; García Merino, 1990).



decoración figurada, como son las estilizaciones de patos, figuras que también aparecen en frisos, esquematizaciones de peces de cuerpos romboidales rayados con trazos ondulados en forma de aletas o motivos vegetales, entre los que incluimos una posible fruta (¿bellota?).

Abstracciones de peces como las nuestras las encontramos en el castro de El Raso, donde también hay composiciones metopadas (Fernández Gómez, 1986: 472, fig. 148, 8, 9) y patos esquemáticos en los ya referidos castros vettones de Salamanca y Ciudad Rodrigo (Martín Valls, 1976: 374-377, nota 31; Martín Valls *et alii*, 1991: 161, fig. 10) en estratos de la segunda mitad del siglo I a.C. o de la primera del siglo siguiente, y ya antes en el Duero Medio desde fines del IV o inicios del III a.C. y hasta el I a.C., aunque con unas características algo diferentes (San Mínguez, 1997: 301; Sacristán, 1986: 187-188), o en la propia Ávila, aunque en este caso el contexto ya prerromano o ya romano del Palacio Valderrábanos no es nada claro (Barraca de Ramos, 1998; Mariné, 1995; Martín Valls, 1976).

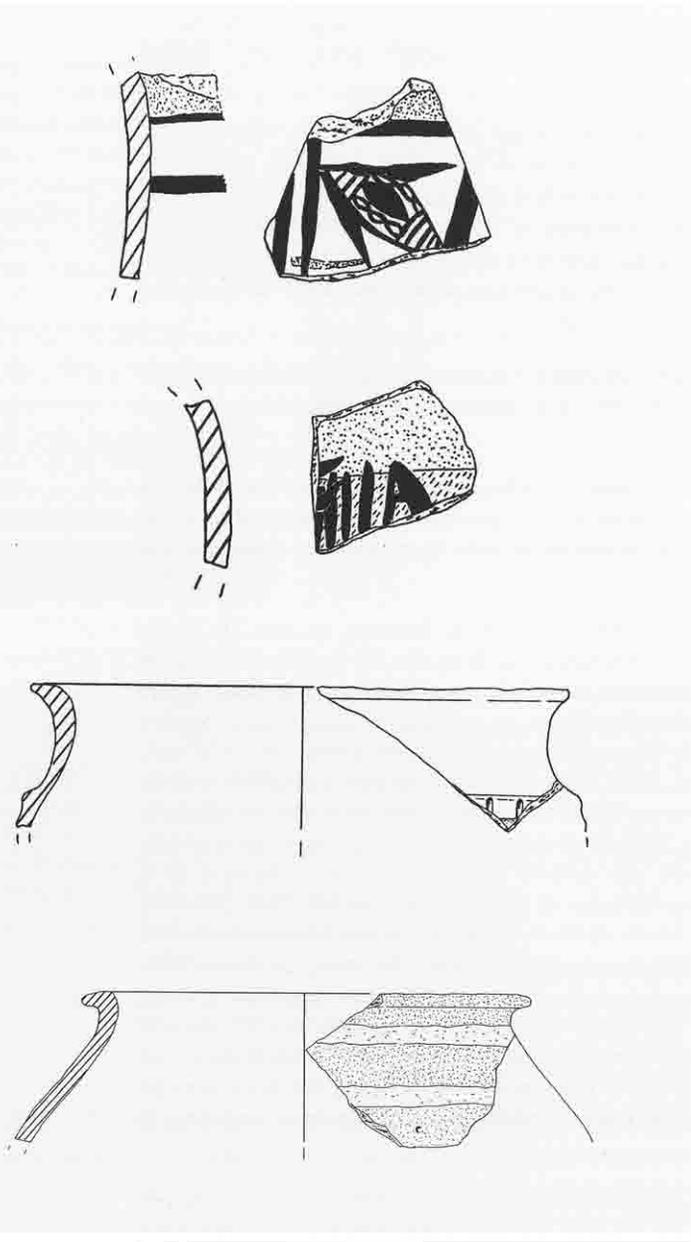
La división de frisos en metopas por series de líneas paralelas verticales está presente en las cerámicas celtibéricas clásicas de los siglos IV al II a.C. en la Meseta Norte (Sacristán de Lama, 1986: 184; Sanz Mínguez, 1997: 298-299), por lo que creemos que nada deben a las influencias de las sigillatas.

El único fragmento policromo localizado, de muy pequeño tamaño, presenta dos bandas sucesivas, una vinosa y la otra blanca, pintando sobre ambas, aunque especialmente sobre la última, un motivo en negro que no podemos identificar dadas las dimensiones del fragmento. Este caso es el único de policromía reconocido en toda la estratigrafía, aunque su sola presencia puede tener una especial relevancia cronológica.

Estamos de acuerdo con Sanz Mínguez (1997: 305-306) en que es preciso diferenciar bicromía, es decir, las típicas combinaciones de bandas vinosas y líneas o motivos en negro, de la policromía, con la adición del marrón o del blanco, siendo lo común la combinación de sólo tres colores. Tal como resume el autor, la bicromía aparece en la Meseta Norte esporádicamente ya en los siglos IV y III a.C. en contextos celtibéricos clásicos en yacimientos como Coca o Roa por influencia de la cerámica ibérica de la Meseta Sur. Las policromas de Coca se han fechado en los dos últimos tercios del siglo I a.C. e incluso más tarde (*idem*; Blanco García, 1986: 9-10; *idem*, 1993: 133), cronología que parece apropiada para los restos de Pintia (Sanz Mínguez, 1997: 305-306). Esta distinción entre cerámica bicroma y policroma, una de influencia ibérica y mucho más antigua y la otra de influencia de Numancia y llegando a inicios del siglo I d.C., es importante no sólo por darnos una datación aproximada para los inicios de este nivel, sino también para aclarar ciertas confusiones de la bibliografía que, por ejemplo, clasifican como cerámicas policromas las piezas de Ávila (Álvarez Sanchís, 1999: 208-211; Sanz Mínguez, 1997: 306) en contextos previos a los romanos o ya con sigillatas, cuando en ningún fragmento aparecen más de dos colores, generalmente rojo-negro o marrón-negro (Barraca de Ramos, 1998). En suma, las decoraciones policromas de Coca, Pintia o de nuestro fragmento abulense cuadran bien dentro del tardoceltiberismo de la Meseta Norte; por contra, las cerámicas bicromas tienen un peor encuadre cronológico pues, como ya dijimos, pueden aparecer esporádicamente en niveles de fines del siglo IV y del III a.C. por influencia ibérica, aunque tienen su máximo apogeo en los conjuntos tardoceltibéricos y en la cerámica altoimperial de tradición indígena de la Meseta Sur, que llega hasta los castros vettones romanizados de Ciudad Rodrigo, Salamanca, Yecla de Yeltes o a establecimientos de nueva planta como la misma Ávila.

Junto con la cerámica pintada comparece en este nivel una nueva producción destinada al servicio de las mesas, se trata de la cerámica gris bruñida, que reproduce perfiles acampanados, en un caso con decoración impresa. Esta minoritaria





Cerámicas pintadas, entre ellas el fragmento policromo, gris bruñida y común engolada (a diversas escalas)

producción aparece en yacimientos como Coca (Blanco García, 1993) o Pintia (Sanz Mínguez, 1997: 210, fig. 160-161), fechándose entre finales del siglo II a.C. y el primer cuarto del siglo I a.C., es decir, hasta época sertoriana. Sin embargo, su presencia en este estrato, en compañía del fragmento policromo y del resto de las producciones pintadas, apunta a su pervivencia en esta área vettona en fecha más tardía que la propuesta, llegando hasta el cambio de era sino más tarde, pues, como veremos, aparecen también en los niveles de la segunda mitad del siglo I d.C., ya romanizados, de nuestro yacimiento. Y esto es importante porque confirma lo que en su día ya señaló Sanz Mínguez (1997: 310-311): que el origen y mayor predicamento de las cerámicas grises hay que buscarlo en el círculo vetton.

Con ser ampliamente mayoritaria, la vajilla de cocina de este nivel resulta en exceso monótona y semejante a la del previo, lo cual no hace sino traducir ese carácter eminentemente funcional que ya señalamos. Siguen siendo las ollas de borde exvasado las que dominan las vajillas, algunas de ellas con ligeros rebajes en los bordes para asentar tapaderas, aunque aparecen también de forma minoritaria algunas cazuelas de borde horizontal o saliente.

Junto a estas producciones de cerámica común en las cocinas conviven algunos productos con someros engobes rojizos, normalmente en los bordes, pero también en bandas en la panza con clara intencionalidad decorativa. Su morfología remite otra vez a los tipos generales de ollas y cazuelas de perfil abierto.

Sin embargo, entre estas producciones engobadas encontramos el único recipiente que sin duda alguna responde a una tipología romana dentro de este nivel, aunque ciertas influencias romanas podían rastrearse también en alguna otra pieza, como una cazuela o cuenco de borde engrosado que recuerda a un forma característica de la cerámica común romana, el cuenco de borde engrosado (Vegas, 1973; 22-25, fig. 6). Pero volviendo a ese vaso indudablemente romano, decir que se trata de un fragmento de plato de engobe rojo pompeyano de los

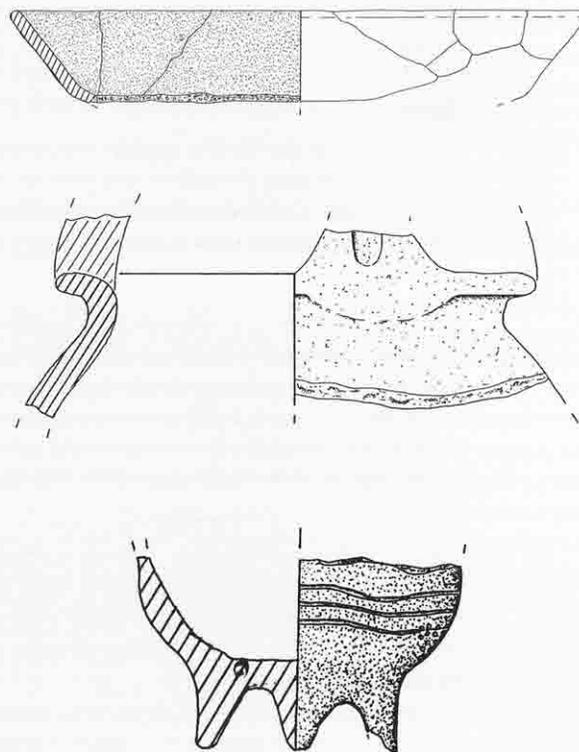


conocidos como "platos legionarios" en la terminología arqueológica y como *cumatae testae*, *patinae* o *patellae* por los propios romanos. Tiene perfil abierto y engobe poco denso con partículas micáceas únicamente al interior y es probable que se trate de un producto de imitación, pues no integra los típicos desgrasantes negros de origen volcánico de los talleres italianos de Cumas. Esos tipos itálicos tuvieron amplia difusión en el mundo romano al final de la época republicana y comienzos de la imperial, y en concreto el modelo imitado por nuestra pieza parece centrar su producción en época de Octavio Augusto -en torno al cambio de era- para alcanzar esporádicamente el siglo II d. C. Hacia mediados del I d. C. parecen cesar las exportaciones italianas y comienza el apogeo de las imitaciones provinciales. En la Península Ibérica conocemos centros de imitación de estos platos en la Tarraconense desde esa fecha de mediados del siglo I d. C. perdurando en los dos siglos siguientes (Aguarod Otal, 1991: 83); sin embargo, parece que pudieron funcionar otros talleres locales ya en época de Augusto, como manifiesta una de las piezas encontradas en Conimbriga (Alarcão et alii, 1976: 53-54).

Así las cosas, debemos preguntarnos por el significado de nuestro plato de imitación, cuya función primera como fuente de horno parece clara según los textos de los autores latinos, dentro de este nivel marcado por los productos indígenas. Una explicación es que se trate de una pieza percolada desde el nivel superior, datado en la segunda mitad del siglo I d. C. que es cuando se multiplican estas imitaciones; la otra es que pertenezca a este estrato y que o bien se trate de una temprana imitación de época augustea o algo posterior, o bien que nos esté marcando el momento final de la formación de este nivel en fechas cercanas a la mitad del siglo I d. C.

No es fácil decantarse por ninguna de estas interpretaciones, mas la presencia de influencias romanas en algunas producciones de cerámica común puede inclinarnos a considerar que la formación de este nivel detrítico se adentra en la primera mitad del siglo I d. C., momento en el que podría llegar esta imitación de plato de engobe rojo pompeyano.

Por lo que se refiere a la cerámica de almacén nuevamente encontramos pocas novedades, siendo las orzas con bordes engrosados y asiento de tapaderas y las tinajas las vasijas preferidas. No obstante, debemos hacer notar la presencia de un



Plato legionario, vaso con asa de cesto y vaso trípode (a diferentes escalas)



curioso vaso con asa de cesto. Se trata de un recipiente de perfil globular o carenado y borde saliente que presenta un asa puente o de cesto partiendo del borde. Es esta una forma relativamente habitual en la Edad del Hierro de la Meseta, con buenos paralelos dentro del área vettona en las necrópolis de Chamartín de la Sierra y de Las Cogotas, así como en el poblado de El Raso de Candeleda en compañía de las vasijas de almacenamiento, por lo que Fernández Gómez les atribuyó la función de recipiente para trasegar que aquí compartimos (Fernández Gómez, 1986: 465-466, fig. 469). Esta forma es otra de las de tipología indígena que veremos repetida en los niveles romanos de nuestro yacimiento.

Ya comentamos que en este depósito encontramos un ejemplar modelado exclusivamente a mano y que hemos querido separar del conjunto. Se trata de una pieza de cocción reductora que responde a la tipología de vaso trípode de pequeño tamaño ornado con decoración realizada mediante la incisión continua de un peine, dibujando una banda horizontal de la que parte otra vertical hacia la zona superior, y con impresiones de las púas del peine en una marca descuidada cerca de la base.

Estos vasos trípode son relativamente frecuentes en los yacimientos celtibéricos de la Meseta Norte, apareciendo en contextos de poblado y de necrópolis. La decoración a peine comparece también en esos ambientes del Duero Medio y es especialmente habitual en el círculo de los castros vettones, con cronología de los siglos IV y III a. C. proporcionada por las necrópolis de El Raso, La Osera o de Las Cogotas, así como en poblados como Salmantica, Las Paredejas, Yecla de Yeltes, etc. y sin que parezcan rebasar el límite del siglo II a. C., como manifiesta su ausencia en el poblado de El Raso y en el alfar de Las Cogotas (Álvarez Sanchís, 1999: 198-202).

Es evidente, pues, que esta fecha tan antigua no cuadra con el nivel que estamos considerando, cuyo inicio es con seguridad postsertoriano y posiblemente aún más moderno, adentrándose en el siglo I d. C.. Debemos considerar, por tanto, que estamos ante un fragmento heredado de algún depósito más antiguo de ésta o de otra parte de la ciudad y que insinúa que aunque de modo esporádico pudo existir cierta presencia humana al menos a finales del siglo II a. C., por más que hasta ahora no conozcamos otras cerámicas peinadas en la ciudad de Ávila ni tampoco, como ya indicamos, cerámicas pintadas del celtiberismo clásico.



INDÍGENAS DE ÉPOCA ROMANA

No ha sido tarea baladí el elegir el título para este epígrafe, pues al hilo de las teorías antes expuestas, supone una evidente declaración sobre el carácter de la primera ocupación de la ciudad. Como tantas veces sucede en arqueología, tan sujeta a matices interpretativos, la semántica no es inocente.

Hemos visto que en los niveles basales de nuestra estratigrafía no hay materiales romanos, sino que la alcallería parece directa heredera de la presente en los últimos momentos de castros vettones como el de El Raso de Candeleda o el de Ulaca. ¿Quiere esto decir que podemos afirmar la presencia de un castro vetton en el solar de la ciudad?, comprobaremos que no. Las cronologías que hemos ido desgranando para estos niveles nos sitúan en una época en la que todo el territorio de la Meseta estaba ya bajo la órbita política de Roma, sus ejércitos desfilaban por las campiñas y se estaba imponiendo su modelo de organización social y explotación económica, siempre al servicio de la metrópoli. La cuestión es que ese proceso de aculturación que conocemos como romanización y que llevará a los distintos grupos indígenas a configurar una sociedad hispanorromana es un proceso que tarda en cristalizar y en un primer momento pueden no percibirse las huellas materiales de ese dominio romano. Y esto es lo que creemos que nos dicen los niveles más viejos encontrados en El Grande. Pero expliquemos todo esto con más detalle.

Una vez que hemos interrogado a los materiales, estos nos han contado algo acerca de su antigüedad. De los dos niveles previos a la romanización, el inferior apenas entregó fósiles arqueológicos y éstos no ofrecen muchos rasgos que nos ayuden a precisar su cronología. En este sentido, nos hemos servido de la presencia exclusiva de bicromía en la cerámicas pintadas para incluirlo dentro de los ambientes tardoceltibéricos de mediados del siglo I a. C.

Por debajo de este nivel nos quedaban por fechar las estructuras excavadas en la tierra natural, en este caso, la ausencia no sólo en toda nuestra estratigrafía sino también en el resto de las excavaciones de Ávila de cerámicas celtibéricas clásicas vigentes desde el siglo IV y hasta finales del II a. C., que sí comparecen en castros vettones como Las Cogotas o Salmantica, nos servía como argumento para proponer que esa compleja fase de tallado de estructuras aconteció en un momento indeterminado de los cincuenta primeros años de este siglo I a. C. El único dato que en cierto modo podía hacernos pensar en una fecha más antigua es el vaso trípode con decoración a peine aparecido en el nivel indígena superior, pues la cronología de esta producción nos lleva a los siglos IV y II a. C. La no documentación de otras piezas peinadas en las excavaciones practicadas en Ávila hace que tengamos que manejar este dato con sumo cuidado, pues aunque parece insinuar que el cerro de la ciudad tuvo algún esporádico uso en esos siglos, lo cierto es que no ha dejado huella estratigráfica.

El nivel superior previo a la llegada de las producciones romanas proporcionó un fragmento de cerámica policroma que permite situarlo con posterioridad a la mitad del siglo I a. C., cosa que ya sabíamos dada la cronología deducible para el estrato anterior, pudiendo alcanzar las primeras décadas del siglo I d. C. Por otro lado, la presencia exclusiva de piezas tardoceltibéricas dentro de la producción pintada sin que todavía arriben los productos de Clunia o de los talleres altoimperiales de la Meseta Sur nos indica fechas anteriores a mediados del siglo I d. C. La cronología se puede precisar algo más teniendo en cuenta que el primer nivel romano presenta, como veremos posteriormente, sigillatas itálicas y sudgálicas que pueden llevarse hacia los años 40 d. C. Muy posiblemente, por tanto, estemos ante un nivel detritico, una acumulación de desechos producida en esta zona una vez que las estructuras inferiores habían sido amortizadas, cuya formación es algo dilatada en el tiempo, iniciándose en un momento indeterminado que tal vez ronde el cambio de era y prolongándose hasta



el final de la dinastía Julio/Claudia. En el último tramo de este lapso de cerca de cincuenta años debió incorporarse al conjunto de desechos el fragmento de plato de imitación rojo pompeyano, cuya fecha cuadraría así con el momento de explosión de las imitaciones regionales de los platos legionarios, hipótesis que nos parece más fácil de sostener que considerar que se trata de un ejemplo de esas rarísimas imitaciones tempranas.

Así las cosas, volviendo a las teorías antes expuestas sobre el origen de la ciudad, los resultados de nuestra excavación parecen confirmar la idea de Esparza y Martín Valls (1992) sobre una fundación ligada a la conquista romana y a su política de forzar el abandono de los castros en favor de emplazamientos en llano, fácilmente controlables y con acceso a los recursos económicos de los valles que pudieran ponerse al servicio de las necesidades de la metrópoli. Apuntan estos autores una cronología postsertoriana para la *Obila* citada por Ptolomeo, en un momento sincrónico al abandono de los castros según prueba su registro arqueológico. Esta teoría ha sido retomada por Álvarez Sanchís (1999 y 2000), aunque insistiendo en que la salida de los castros defensivos y la fundación de Ávila responde más a la necesidad indígena de adaptarse a los nuevos patrones económicos imperantes desde la conquista romana de la Península que a una verdadera imposición militar.

Como decimos, esta teoría resulta sin duda muy atractiva a la luz de los datos proporcionados por nuestra intervención. Efectivamente, hemos probado la presencia de dos niveles en los que comparecen cerámicas pintadas de clara raigambre indígena además de otras de tipo común, rastreando en el segundo de ellos alguna influencia romana. No documentamos, sin embargo, entre estos materiales fragmento de *sigillata* alguno, piezas estas que junto con otras que evidencian también un alto grado de "romanización", como las lucernas, sí están presentes en los dos depósitos que se les superponen. Como hemos tenido ocasión de comentar, estos dos niveles previos a la incorporación de las *sigillatas* cubren un lapso cronológico que abarca desde la mitad del siglo I a. C. hasta aproximadamente los años 40 d. C., remitiendo las estructuras talladas en la tierra natural, a falta de materiales más antiguos, a la primera mitad del siglo I a. C. En definitiva, estas circunstancias están hablando de un poblamiento que parece abarcar la mayor parte del siglo I a. C., sin que pueda remontarse más atrás.

En cuanto al carácter de este enclave, nuestros materiales parecen evidenciar en sus orígenes un ambiente marcadamente indígena, como así lo atestigua la presencia de cerámicas pintadas con evidentes paralelos en los conjuntos de la época de las dos mesetas. Este perfil vetton de la alcallería se mantiene a lo largo de la primera mitad del siglo I d. C., protagonizado por el nivel superior, donde creemos percibir ciertas influencias que parecen marcar el inicio de la romanización. Nos referimos, ya lo hemos dicho, a algunos rasgos de la cerámica común y a la llegada, en el momento final de la formación de este depósito, de un plato de imitación rojo pompeyano que tal vez pudo acompañarse de algunas importaciones de *sigillata* itálica que comparecen relativamente fuera de contexto en los niveles posteriores romanos.

En resumen, con estos nuevos datos parece descartarse la idea mantenida por autores como Rodríguez Almeida (1981) o Mariné (1995) acerca de una fundación a mediados del siglo I d. C. realizada *ex novo* y con carácter campamental, o al menos pseudomilitar, una especie de colonia de veteranos, aunque nunca tuviera jurídicamente este estatus. Por contra, creemos que el primer establecimiento, realizado ya cuando todo el territorio de Ávila era de dominio romano, está protagonizado por una comunidad indígena, posiblemente resultado de la concentración de los vettones que descienden de los castros. Si esta fundación se realiza por iniciativa indígena o por orden directa del conquistador lo ignoramos, lo que sí sabemos es que en este momento las influencias de la nueva situación política no trascienden al plano de la cultura material. Estos vettones siguen usando sus cerámicas tradicionales y no hemos encontrado el menor indicio de que emplearan materiales constructivos romanos ni que vistieran o alumbraran sus casas al modo latino. Andando el tiempo sí lo harán, pero esta es otra historia, una historia, la de la romanización de esta primera comunidad indígena, que contaremos en el siguiente capítulo.



OBILA EN EL MUNDO ROMANO

Por romanización entendemos un complejo proceso de aculturación y asimilación por el cual las culturas indígenas son incorporadas a la República y al Imperio Romano. Es mucho lo que se ha escrito sobre este acontecimiento histórico desde que lo hicieran los propios cronistas latinos. Afortunadamente, en fecha muy reciente María Mariné (2001) ha firmado un magnífico trabajo donde de manera muy clara se sintetizan todas las claves necesarias para entenderlo, labor que ya había iniciado en las páginas dedicadas al mundo romano de la Historia de Ávila (ídem, 1995). Remitiendo a esos trabajos a cualquier lector interesado en el tema, a modo de introducción de este capítulo nos limitamos a resumir en unas pocas notas los aspectos fundamentales de un fenómeno cuyo resultado es conocido: la creación en Hispania de una sociedad que hunde sus raíces en las diversas culturas locales, de las cuales incorpora sus peculiaridades regionales, pero que forma parte sustancial del modelo romano, sociedad que conocemos como hispanorromana.

Una de las claves de este proceso de homogenización cultural es la flexibilidad del conquistador, que lejos de querer imponer todos los aspectos de su cultura, respeta aquellos que no afectan a la organización del modelo social, pero que son importantísimos a nivel individual, como las creencias o la vida familiar. El conquistado es libre de imitar las costumbres del vencedor o su forma de vida si en ello ve ventajas, el nuevo dueño del poder sólo impone el dominio político sobre la sociedad invadida. El resto surge de la convivencia de los dos modos de vida, siendo el más evolucionado culturalmente el que triunfe por su propia fuerza interna, y su éxito deriva de que, en general, supone una mejora de las vidas individual y colectiva.

Entre los factores que explican la romanización la autora señala varios, como el latín, que de ser una lengua franca que permitía la comunicación entre sociedades dispares pasó a sustituir a los idiomas vernáculos, permitiendo además la alfabetización de unas poblaciones que como las del interior de la Meseta Norte eran hasta entonces prácticamente ágrafas. El papel del ejército romano como mecanismo para la difusión de ideas y objetos y el contacto entre los pueblos, recordemos la práctica habitual de incorporar a sus filas a mercenarios de las más diversas procedencias del imperio, también desempeña un papel básico. Las infraestructuras de comunicación, necesarias para el movimiento de las tropas, el control del territorio y la explotación económica de todos los recursos del imperio, se convierten en una verdadera red arterial por la que fluyen las gentes, las nuevas ideas, los objetos y los modelos culturales. La imposición de una legislación común, el Derecho Romano, y de una superestructura estatal que, organizada en provincias servidas por una administración creada con la colaboración de las jerarquías locales, logran que de modo paulatino se vayan homogenizando las reglas que rigen la vida social. La aceptación de todos los ritos y creencias, las analogías y asimilaciones que se producen en cada punto del vasto imperio entre los dioses locales y los del panteón romano, donde cabe perfectamente la única imposición del conquistador, la divinización del emperador, es también uno de los factores de este proceso.



Como señala esta autora, la adopción del urbanismo romano, con sus servicios públicos de abastecimiento de agua y saneamiento, baños, etc., y del utillaje doméstico es algo que actúa más lentamente, porque en zonas como la abulense tiene que vencer la resistencia indígena y también porque en un primer momento parece estar fuera de las principales redes de comercialización de los productos romanos, que llegan primero como objetos exóticos y sólo más tarde se harán cotidianos (Mariné, 2001: 376).

Estos últimos rasgos, el urbanismo y el ajuar doméstico, son los que se suelen conservar en el registro arqueológico, excepción hecha de la presencia de epígrafes latinos donde, como en el caso ya señalado de las estelas incarnadas en la muralla, se puede advertir la latinización de los nombres o la adopción del *tria nomina* característico de los ciudadanos romanos.

Es en los niveles que ahora analizaremos donde encontramos esos signos materiales de romanización, lo cual no quiere decir que ya en fecha anterior, cuando se crean los estratos previos, no estén llegando nuevas ideas. Es más, es seguro que esto es así, pues como ya hemos tenido ocasión de comentar, no en vano es la influencia directa o indirecta del conquistador la que está detrás del primer asentamiento de la ciudad, momento en que alguna exótica manufactura romana se incorporó ya al final del registro. Lo que sucede es que lo que antes era raro ahora se ha convertido en habitual: si en la fase precedente un habitante que mostrara en su mesa un vaso de terra sigillata podía ser considerado excéntrico, al término de este periodo es tal la proliferación de las cerámicas romanas que éstas son las vajillas dominantes en la mayoría de los hogares. Y todo esto se produce en poco más de un siglo y medio, celeridad que por sí sola evidencia que la aculturación exigió la participación voluntaria de los pueblos conquistados, de los decendientes de los orgullosos vettones de los castros, cuyas señas de identidad, como veremos, no logran disolverse por completo en estos primeros siglos de la dominación romana.



LOS NIVELES HISPANORROMANOS

Siguiendo el hilo de nuestro discurso, abordamos ahora el estudio de aquellos niveles que sin ambages pueden ser calificados de hispanorromanos, pues sus ajuares cerámicos reflejan la profunda transformación que la nueva situación política está ejerciendo sobre la sociedad indígena.

Recordemos que son dos los niveles que han aportado materiales romanos. El inferior aparece rellenando una gran depresión excavada en el nivel natural, posiblemente también en época romana, y que ha destruido los niveles infrayacentes. Desconocemos la función original que cumplió esta fosa, pero su relleno parece una colmatación intencionada que integra diversos desechos, como carbones y huesos de animales domésticos, entre los que aparecen cacharros cerámicos de variada índole, además de algunos metales y elementos constructivos típicamente romanos, como las tejas planas, conocidas como tégulas en la terminología arqueológica. El superior es un depósito bastante más potente que aparece por toda el área de excavación allí donde no está afectado por cimentaciones o superficies de intervención posteriores y que ha entregado una numerosa colección cerámica acompañada de tégulas, antefijas (remates de los tejados), algunas piezas de metal, fragmentos de molinos de mano, objetos de tocador en bronce, restos de recipientes de vidrio, etc., dentro de una matriz en la que abundaban los carbones, las cenizas y los huesos de fauna. Se trata, pues, de un estrato de desechos y basuras aportado intencionadamente para nivelar el terreno o bien resultado de la acumulación paulatina de un basurero o muladar.

De acuerdo con los preceptos metodológicos antes expuestos, el sintético repaso a los materiales aportados por estos dos niveles se hará de acuerdo a la división funcional. Comenzaremos así por la cerámica de mesa y concluiremos con la de almacén y transporte, distinguiendo dentro de cada una de estas categorías las diferentes producciones identificadas. Al hilo del discurso comentaremos también los objetos de metal y los otros restos arqueológicos encontrados.

Del nivel inferior de los dos tratados en este capítulo hemos recuperado fragmentos de al menos 86 vasos distintos, representativos de diferentes producciones y funcionalidades.

Servicio de mesa 25 (28,73%)	Vajilla de cocina 52 (59,77%)	Cerámica de almacén 10 (11,49%)
Total terra sigillata: 9 (36%) -itálica 1, sudgálica 2 e hispánica 6 ejemplares- Cerámica pintada: 6 (24%) Cerámica común engobada: 1 (4%) Cerámica común: 7 (28%) Cerámica gris bruñida: 2 (8%)	Cerámica común: 52 (100%)	Cerámica común: 10 (100%)



Terra sigillata, entre ellos el fragmento con tema mitológico y un vaso de sigillata tardía



Como vemos, respecto a lo que sucedía en los niveles indígenas, la vajilla sigue estando dominada por los productos destinados a las cocinas, seguidos por los recipientes de almacenamiento, pero sus porcentajes han descendido considerablemente, pues si la cerámica de cocina alcanzaba allí cerca del 85%, ahora no llega ni al 60%, reducción que se debe al incremento experimentado por el servicio de mesa que de apenas un 10% representa más de un cuarto de los materiales recuperados en este estrato. Es esta categoría funcional la que ofrece más novedades, pues junto a las vasijas pintadas y a las producciones bruñidas se ven por primera vez las sigillatas, tanto importadas como tempranas producciones hispánicas, algunas formas de cerámica común destinadas al servicio de mesa o un pequeño cuenco de cerámica engobada, que también hace ahora acto de presencia en la secuencia.

Esta diversificación funcional y de producciones parece un claro síntoma del inicio de la romanización, que introduce nuevas costumbres que precisan de una nueva vajilla. En el repertorio de cocina y almacén, por el contrario, no observamos excesivas variaciones, aunque se incorporan algunos tipos novedosos que sin duda también responden a los nuevos modos culinarios.

La presencia de cerámica de mesa típicamente romana, la terra sigillata, no sólo nos sirve como indicador de romanización sino que también, merced al buen conocimiento que hoy se tiene sobre la evolución de sus producciones, nos aporta un magnífico marcador cronológico.

El conjunto de piezas recuperado correspondiente a esta singular producción no resulta especialmente abundante, sobre todo si lo comparamos con el del nivel superior, que posteriormente comentaremos. La explicación de esta circunstancia es, quizás, de orden cronológico, pudiendo ser en este sentido un conjunto representativo de un momento en el que las diversas producciones de sigillata aún no se han generalizado y "colonizado" de modo intensivo los mercados.

Contamos en principio con piezas importadas desde otras provincias del Imperio: un fondo plano correspondiente a una sigillata itálica y tres piezas de adscripción sudgálica, cuya vinculación concreta hay que establecer con los talleres de la zona de La Graufesenque, en el Aveyron francés: una copa tipo Drag 24/25, un cuenco Ritt 8 y un pie alzado, que presentan en conjunto características físicas y morfológicas propias del periodo julio-claudio, centradas fundamentalmente en el reinado de Claudio¹¹.

¹¹ Claudio gobierna el imperio entre el año 41 y el 54, siendo sucedido por Nerón Claudio César, que reina hasta el año 68 d. C., momento en el que es depuesto por el Senado y se suicida. A su muerte sucede un breve periodo de inestabilidad en el poder, el llamado "año de los cuatro emperadores", que termina en el 69 cuando Vespasiano inaugura la dinastía Flavia, que llega prácticamente hasta el final de la centuria, en concreto hasta el año 96, en el que es asesinado su último representante, Domiciano.

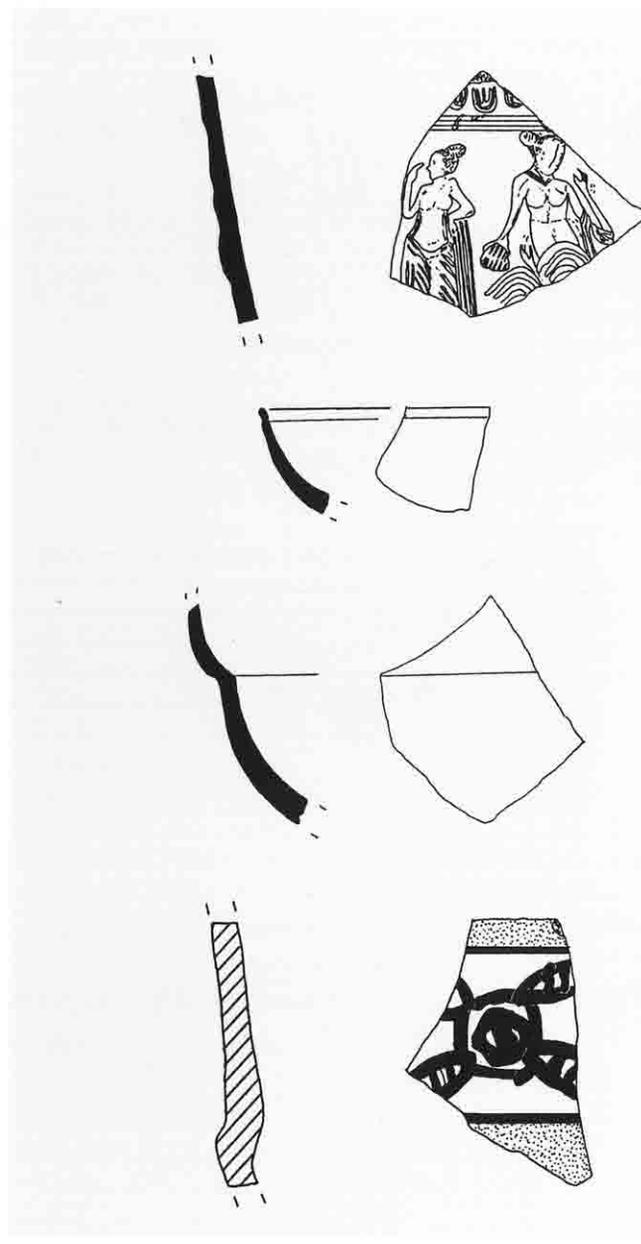


El resto del conjunto puede adscribirse a los tipos hispánicos. Para la clasificación tipológica de esta producción hemos seguido la última numeración de Mezquiriz (1983: 123-131) recientemente retomada y completada (Roca y Fernández, 1999: 271-283). El estudio se ha realizado fundamentalmente atendiendo a los parámetros aportados por Mezquiriz (1961; 1983), Mayer (1984), Romero (1985), Pérez González (1989) y Garabito (1978).

Entre las formas lisas documentamos la presencia de la copa Hisp. 27 y del cuenco Hisp. 8, completados por el servicio flavio, constituido por la copa Hisp. 35 y el plato Hisp. 36. Entre las piezas decoradas constatamos ejemplos del temprano cuenco carenado Hisp 29, con decoraciones propias del estilo de imitación gálico, y del ligeramente posterior cuenco hemisférico Hisp. 37, con alguna decoración de los momentos iniciales del estilo de círculos.

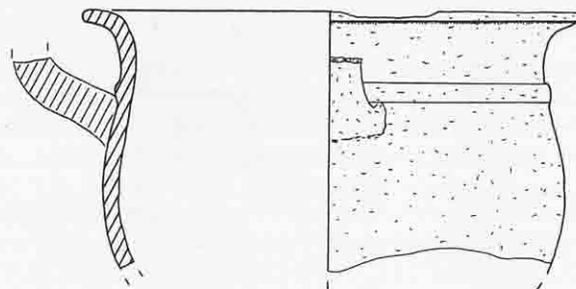
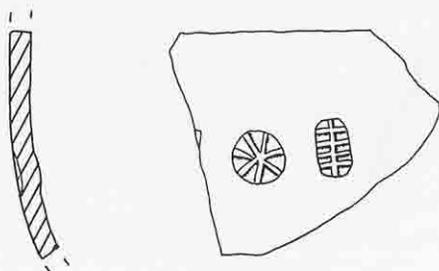
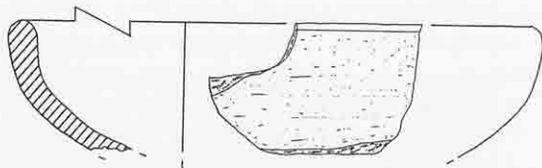
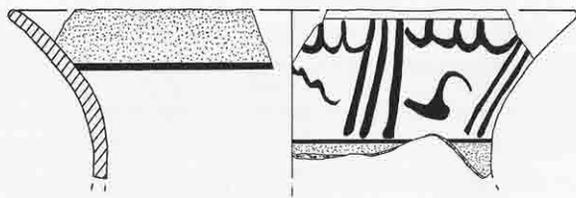
Inciendiando quizás en esta temprana cronología está una de las piezas más excepcionales del conjunto recuperado en la Plaza de Santa Teresa. Se trata de un vaso de paredes rectas (muy posiblemente una forma Hisp. 30) que desarrolla una escena narrativa bajo un friso de ovas. Se reconocen, en concreto, dos figuras femeninas: una de ellas, desnuda, parece salir del agua con una concha en la mano; la otra, semidesnuda, observa la escena apoyando su brazo izquierdo en una columnilla. Se trata posiblemente de un tema tan genuino de la mitología clásica como es el nacimiento de Venus. En cuanto a la filiación de los punzones que han dado lugar a tan singular y excepcional pieza, nada es lo que podemos señalar por el momento, ya que no se encuentran recogidos en ninguno de los repertorios de sigillata hispánica disponibles.

En definitiva, tanto las importaciones itálicas y gálicas como gran parte de las hispánicas remiten a un momento temprano, sin duda preflavio. Sin embargo, la presencia en el conjunto del servicio constituido por el plato y copa (Hisp. 36 y 35) o del cuenco Hisp. 37 apunta una cronología posterior, del último tercio del siglo I.d C.,



Fragmento de TSH 30 con tema mitológico, TSS Ritt 8, TSH 27 y cerámica y pintada bícroma (a diferentes escalas)





Cerámica indígena de mesa pintada, fragmento estampillado de cerámica gris y olla de cerámica común (sin escala)

flavia por tanto, como fecha de formación del depósito. La menor abundancia de este tipo de piezas con respecto a las que parecen apuntar cronologías más tempranas quizás esté indicando una fecha de deposición del conjunto en un momento no muy avanzado de este último tercio del siglo I. d C.

Junto a estas piezas de cronología altoimperial documentamos algunos fragmentos -cuatro en concreto- correspondientes a dos vasos de la llamada sigillata hispánica tardía, adscribibles en concreto a la forma 37 t. Su presencia en el nivel no puede interpretarse más que como intrusiones posteriores, sin duda vinculadas a los intensos procesos de ocupación y de remoción que parece haber sufrido el solar a lo largo de la historia. La cronología que aportan estas piezas remiten ya al menos al s. IV d. C., pues las últimas investigaciones parecen fijar el inicio de la forma 37 t en el primer tercio de este siglo (Juan Tovar, 2000: 105), descartando por tanto la idea introducida por Paz Peralta de que se trataba de una forma de tardía implantación que no llegaba a suplantar a la 37 clásica hasta el tercer cuarto del s. IV (Paz Peralta, 1991: 117-118). Concretando más la datación de nuestras piezas, la decoración que porta una de ellas se encuadra perfectamente en denominado tercer estilo de López Rodríguez, para el que se apuntan cronologías de inicio propias ya del último tercio de este siglo IV (Juan Tovar 1997: 564; ídem, 2000: 105).

Junto con esa innovadora vajilla, la tradicional cerámica indígena pintada sigue presente en los servicios de las mesas, aunque relegada ya a un segundo plano. Apenas pueden señalarse novedades respecto al nivel previo, pues encontramos las mismas formas de cuencos o copas y vasos carenados o globulares de borde abierto. Y lo mismo cabe decir de las decoraciones, repitiéndose los temas en frisos corridos o en metopas dibujados en tonos oscuros y con motivos zoomorfos, una vez más estilizaciones de anátidas, y diseños geométricos, entre los que se incorpora el friso de pequeños puntos, o vegetales, con un nuevo esquema de flor cuatripétala que recuerda a otra pieza de la



necrópolis de Las Ruedas en Pintia (Sanz Mínguez, 1997: 160 y 272). Por supuesto, también persisten las bandas de tono vinoso, remarcadas o no por líneas negras.

En resumen, en este nivel, primero con sigillatas, el ambiente de las cerámicas indígenas es tardoceltibérico, sin modificaciones respecto a los estratos previos, pues no se han incorporado ni piezas de los talleres de Clunia ni producciones altoimperiales de la Meseta Sur, como los cuencos de labio afilado, que invaden los mercados en la segunda mitad del siglo I d. C. Con ello el ambiente retratado se asemeja al que vemos en otros castros vettones romanizados, como Ciudad Rodrigo o Salamanca, donde se repiten los temas de aves estilizadas, los frisos de puntos o la bicromía (Martín Valls, 1976; Misiego et alii, 1999: 203, fig. 4; Martín Valls et alii, 1991: 157, fig. 10).

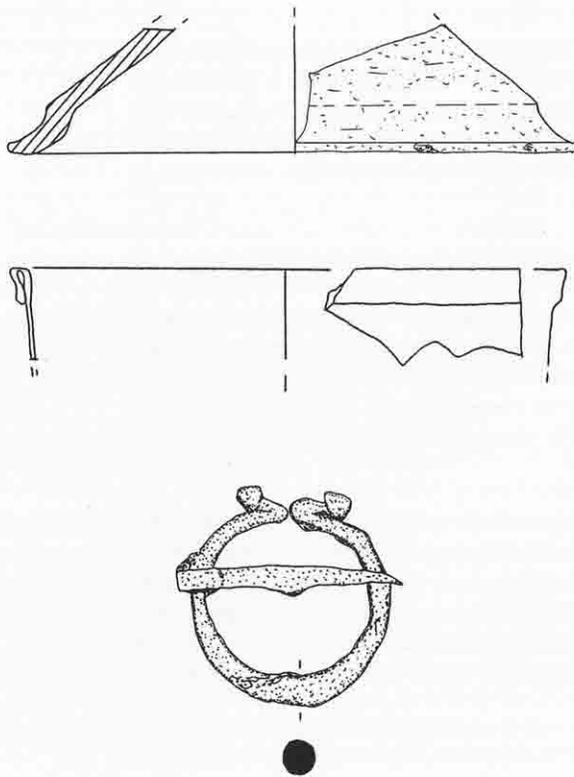
La presencia de vasos de cerámica común destinada al servicio de las mesas es también una novedad de este nivel que le emparenta con los ambientes propios de los comedores hispanorromanos. Identificamos aquí la existencia de grandes jarras, conocidas como *urceus* en los textos latinos, platos o cuencos de borde sencillo (*catinus*) o cuencos de borde saliente, recipiente este último que también encontramos en su variedad con engobe rojizo en la zona del borde. Todos estos tipos tienen una amplia difusión en el imperio, aunque por su especial relevancia queremos resaltar aquí su presencia en el campamento de *Petavonium*, en Rosinos de Vidriales (Zamora) (Carretero Vaquero, 2000) y en *Emerita Augusta* (Mérida), capital de la Lusitania a la que administrativamente pertenece Ávila (Sánchez Sánchez, 1992; Alvarado y Molano, 1995) con cronologías del siglo I d. C.

Otra producción tradicional en el mundo indígena completa el repertorio de las mesas. Se trata de la cerámica gris bruñida, cuya presencia confirma su pervivencia en el área vettona más allá de época sertoriana, llegando como veremos al menos hasta finales del siglo I d. C. En este nivel hay dos únicos ejemplares de esta producción, uno que remite a la forma acampanada ya descrita y otro, de mayor tamaño, posiblemente ovoide, cuyo cuerpo está decorado con estampillas -una circular con radios y la otra de forma subrectangular y con motivo reticulado-, ornamentación esta última que aparece en el poblado de El Raso (Fernández Gómez, 1986: 473-474), lo que refuerza su carácter local, aunque allí en vasos de tono anaranjado.

En la cocina volvemos a encontrar los cacharros más utilitarios, como las ollas, con una amplia representación en este nivel, observándose escasas variaciones que radican en la presencia o no de asas o en la forma de rematar los bordes, que habitualmente son de perfil sencillo, norma de la que se escapa una pieza que presenta un rebaje para asentar una tapadera, variantes que carecen de valor cronológico. También hemos encontrado varios ejemplares de esas tapaderas de cerámica, las *operculum* de la literatura romana, destinadas a cerrar ollas, orzas o cazuelas, que llevan un pomo en la zona central y que también son comunes en los yacimientos meseteños de esta misma época.

Los vasos encargados de contener las provisiones de este primer nivel romanizado muestran una escasa evolución respecto a las etapas indígenas, pues los más clásicos recipientes de almacén y transporte romanos, los tipo *dolium* y ánfora, están casi ausentes en el repertorio, situación nada extraña en otros yacimientos de este momento como el Chao de San Martín (Hevia, Montes y Beneítez, 1999: 184-185) o Rosinos (Carretero Vaquero, 2000), donde como aquí se recurre a orzas o tinajas, piezas de forma simple y en muchas ocasiones indistinguibles de las desarrolladas por la población autóctona. De la primera, cuya morfología es claramente heredada, tan sólo incidir en la generalización de rebajes para las tapaderas. Las tinajas no están presentes en este estrato, completándose el repertorio con un anecdótico fragmento de *dolium*, de amplia dispersión geográfica y sin variaciones a lo largo de la cronología del Imperio.





Tapadera de cerámica común,
vaso de vidrio y fibula en omega de bronce

esporádica llegada de producciones itálicas, con esa consideración de objetos exóticos que también tuvo nuestro plato de engobe pompeyano, a lo largo de la primera mitad de la centuria. Por su parte, la presencia de sigillatas hispánicas tempranas nos lleva desde los inicios de la dinastía Flavia hasta las últimas décadas del siglo, aunque tal vez haya que situarlas en un momento temprano de este periodo, si damos crédito a su rareza y a la ausencia de cerámicas pintadas de tradición indígena del taller de *Clunia* (Coruña del Conde, Burgos), que inundan los mercados a partir de los años 60/70, o de cuencos de labio afilado de los talleres de la Meseta Sur. Estamos, por tanto, ante un puntual echadizo aportado para rellenar una depresión previa en los primeros años del último tercio del siglo I d. C. Se abre así un pequeño hiato entre este

Bien en la mesa o bien en el tocador tuvo su sitio un pequeño recipiente de vidrio en forma de cuenco cuyos paralelos se sitúan entre los años 50 y 80 d. C., demostrando que la importación de objetos de lujo alcanzó más campos que el de la alfarería. También hemos recuperado un imperdible o fibula en forma de omega realizado en bronce y que tiene un gran predicamento en la Meseta, pues está presente desde el siglo I a. C. hasta el mundo visigodo, aunque la mayor parte de los ejemplares conocidos se centran en los siglos I al III d. C., en muchos casos vinculados a los movimientos de las tropas auxiliares hispanas (Sanz Mínguez, 1997: 395).

La recuperación de este último objeto prueba que en el vestido también se van introduciendo nuevas modas. Por otro lado, la existencia de cerámicas de construcción vuelve a insistir en algo de lo que ya venimos hablando, y es que en este nivel hay síntomas claros de romanización de la sociedad, puesto que las casas ya se están techando al modo romano, lo que probablemente puede hacerse extensivo al sistema constructivo en general y al urbanismo en particular.

Resumiendo, este primer depósito con sigillatas, que aparecía rellenando una depresión artificial y que puede ser el resultante de una colmatación intencionada para amortizar esa hondonada, nos lleva a un ajustado lapso cronológico. Si los escasos fragmentos de sigillatas itálicas pueden datarse a lo largo de toda la primera mitad del siglo I d. C., como ya discutimos en su lugar nos parece más factible una cronología tardía para las mismas, ya en época de Claudio, en consonancia con las importaciones del sur de la Galia, cuyo auge se sitúa precisamente entre los reinados de Claudio y Nerón, aunque nada descarte la



nivel con sigillatas y el precedente, pues si este último parece terminado de formar justo antes de mediados de siglo, el que ahora estamos considerando no se deposita seguramente hasta los años setenta. Esta laguna estratigráfica de dos o tres décadas es normal en un área urbana con cierto dinamismo como debía de ser ya *Obila* y pudiera ser completada tanto por la excavación de la depresión mencionada como por todas esas producciones de Italia y la Galia cuya arribada debe producirse a partir de los años cuarenta.

Como venimos explicando, la secuencia romana culmina como una nueva capa de tierra, cuya superficie tal vez funcionó como piso de frecuentación, aunque la cronología de este último no esté nada clara.

Este nivel es el que mayor número de restos cerámicos ha proporcionado de toda la estratigrafía, entre todos ellos hemos podido reconocer un total de 404 vasos de muy variada tipología.

Servicio de mesa 164 (40,59%)	Vajilla de cocina 188 (46,53%)	Cerámica de almacén 52 (12,87%)
Total terra sigillata: 93 (56,70%) -itálica 2, sudgálica 7, hispánica. 84-	Cerámica común: 173 (92,02%) Cer. común engobada: 15 (7,98%)	Cerámica común: 51 (98,07%) Cer. común engobada: 1 (1,23%)
Cerámica pintada: 31 (18,90%) Cerámica gris bruñida: 4 (2,43%) Cerámica común: 27 (16,46%) Cer. común engobada: 8 (4,87%) Paredes finas: 1 (0,60%)		

Comparando los distintos servicios con los del nivel precedente, comprobamos como los porcentajes de la vajilla destinada al servicio de mesa han experimentado un incremento significativo de más de 13 puntos, por lo que su representatividad se aproxima bastante más a la de la vajilla de cocina, que si bien sigue siendo el grupo mayoritario, por primera vez no alcanza la mitad de la muestra. Siguiendo con el servicio de mesa, se observa un aumento también importante de los vasos de sigillata, preferentemente de la producción hispánica, a costa de los recipientes de tradición indígena, como las vasijas pintadas o las bruñidas, que de manera repentina decrecen en cerca de seis puntos porcentuales. Como valor más testimonial pervive la cerámica común engobada o pintada y aparece por vez primera un vasito de paredes finas -típica producción romana de lujo-. Los otros grupos no ofrecen más novedad que la presencia, de forma minoritaria pero significativa, de cerámicas comunes engobadas o pintadas que comparten las cocinas y despensas con los mayoritarios productos de cerámica común. En esta categoría y, sobre todo, en la cerámica común destinada al servicio de mesa se asiste a una explosión de los tipos. Así, si en la cerámica común de mesa de la fase previa tan sólo distinguíamos tres perfiles, ahora el repertorio diferencia ocho, y lo mismo sucede con los recipientes culinarios, que pasan de tres a siete tipos. En los almacenes, junto a dolias y orzas vemos ahora otras grandes tinajas y un fragmento de ánfora que nos lleva directamente al transporte de mercancías.



Las dos tendencias señaladas, la disminución en el peso de los productos de tradición indígena en favor de los modelos romanos y la complejidad creciente que se advierte en las cocinas, mesas y almacenes de las casas de *Obila* son sin duda buena prueba del cambio social al que venimos asistiendo y que ahora, al diluirse la cultura vettona dentro de las formas hispanorromanas, parece ir tocando a su fin, aunque la tradición local aún pueda rastrearse. Esta transformación no se queda, por supuesto, en la vajilla, sino que alcanza otras esferas del ámbito doméstico como la iluminación, pues es en este nivel donde por primera vez hallamos restos de lucernas -lámparas de aceite-, con lo que eso significa respecto a la importación del combustible desde las zonas meridionales de la Península, igualmente contamos con piezas de bronce identificables con remaches de muebles o con instrumentos de tocador, que también se fabrican en hueso o vidrio, así como con restos de elementos constructivos romanos.

Si en el nivel precedente las sigillatas, con ser la producción mayoritaria, no sumaban la mitad de todos los vasos del bodegón, ahora dominan ampliamente las vajillas. Contamos, como en el primer echadizo, con alguna pieza itálica y con otras, más numerosas, de filiación sudgálica, aunque el grueso del material está compuesto por producciones hispánicas que presentan una cierta homogeneidad y que ofrecen unas cronologías centradas en un momento avanzado de la segunda mitad del siglo I de nuestra era.

Para dos de las piezas rastreamos una filiación itálica: el pie de una copita y fondo de otra que conserva los restos del sello de alfarero que la fabricó, lamentablemente ilegible, inscrito en una cartela de forma rectangular¹². En cuanto a su cronología, únicamente podemos aportar dataciones genéricas, centradas en torno al cambio de era y a lo largo de la primera mitad del siglo I, sin que podamos establecer consideraciones muy precisas acerca del momento en el que llegan al enclave abulense. Pérez González apunta en este sentido, a propósito del estudio del material itálico de Herrera de Pisuerga (1989:193), y pensando no sólo en este yacimiento sino también en otros muchos enclaves hispanos, que "el grueso de importaciones ha tomado fuerza a partir del año 10 a C. y se prolonga hasta época de Claudio". Dentro de este amplio margen, quizás haya que pensar que se trata de importaciones tardías, en la línea apuntada también por este mismo autor,

quien sospecha que en la mayoría de los escasos lugares meseteños en los que se han documentado productos itálicos estos "pertenecen a una época muy avanzada", tal vez, sugiere, ya al reinado de Claudio (Pérez González, 1989: 195), lo que podría estar en consonancia con las fechas más tempranas aportadas por el resto de los materiales del depósito. Se trata en cualquier caso de meras sospechas, sin que podamos descartar en ningún caso que hayan llegado en momentos más tempranos, en el primer tercio del s. I d. C. o incluso en fechas cercanas al cambio de era con ese carácter de productos exóticos extensible, como ya mencionamos, al plato legionario del último nivel indígena.

Fragmentos de terra sigillata sudgálica



¹² Como ya hemos apuntado líneas atrás, esta circunstancia de que algunos vasos lleven la firma del alfarero es la que ha dado nombre a esta producción: terra sigillata, o lo que es lo mismo, cerámica firmada.

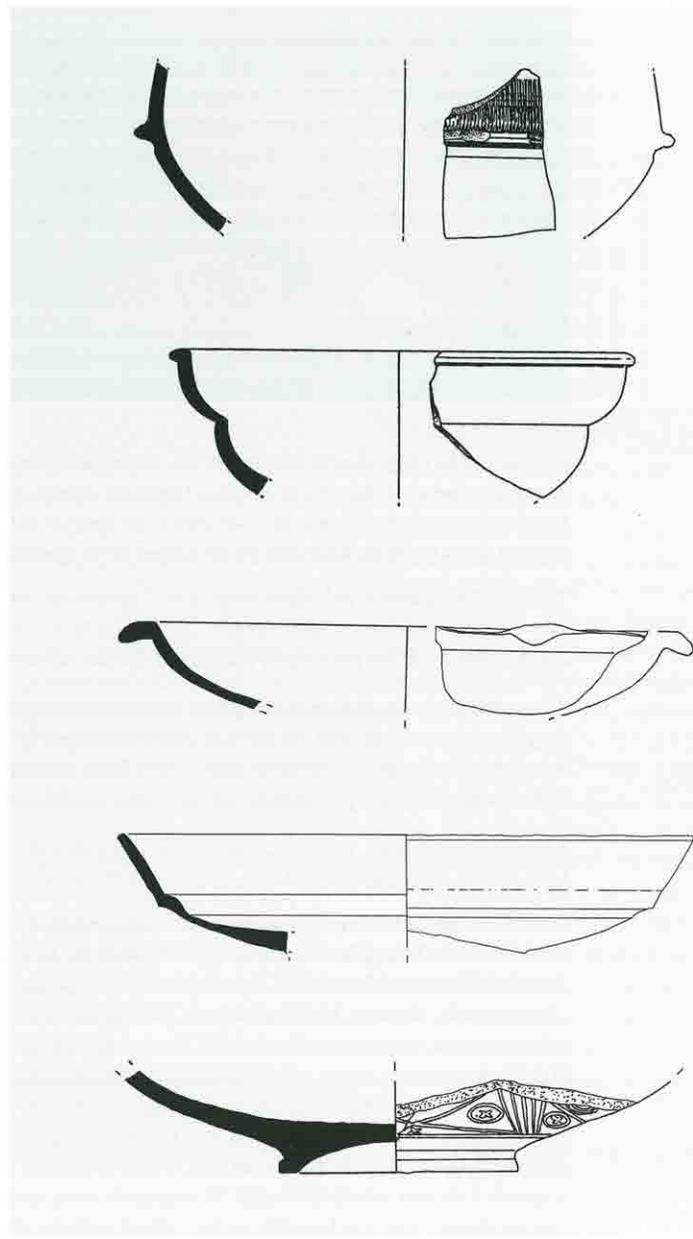




Más abundante resulta la representación de piezas sudgálicas, que, como en el depósito anterior, parecen originarias de los talleres de La Graufesenque y ofrecen cronologías centradas en el final de la etapa julio-claudia, en época de Claudio y comienzos del reinado de Nerón, momento éste que se identifica como el de arranque del mayor desarrollo y esplendor de los talleres gálicos (Vernhet, 1986: 39). Estas piezas corresponden en su totalidad a formas lisas, mayoritariamente de copas de reducido diámetro: Drag 24/25, Drag. 27 y Ritt 5, a las que podemos añadir dos ejemplares del plato tipo Drag. 15/17.

Las producciones hispánicas resultan, como es lógico, dominantes en el depósito. Muy amplio resulta el elenco de formas lisas constatado, dentro de éstas el tipo de vaso preferido resulta sin duda la copa, documentando sobre todo los tipos Hisp. 27 e Hisp. 35. Menor incidencia parecen tener otros, como el Hisp. 24/25 e Hisp. 8, representadas en cada caso por un único fragmento. Junto a ellas constatamos también los platos Hisp. 15/17 e Hisp. 36 y, en menor medida Hisp. 18 e Hisp. 4.

Entre las copas resulta, pues, muy abundante la Hisp. 27, de la que se han documentado ocho ejemplares, algunas de ellas con características que recuerdan aún sobremanera a los prototipos sudgálicos, lo que parece indicar su temprana cronología y otras, las más, confeccionadas con



Fragmento de TSS Drag 24/25 y TSH formas 27, 36, 15/17 y 37





un gusto más propiamente hispánico. En un segundo lugar se encuentra la copa Hisp. 35, que configura juntamente con el plato o fuente Hisp. 36 el servicio típico de cronología flavia. Las características morfológicas que presentan son las propias de un momento inicial, o al menos no muy avanzado, en el desarrollo de la forma, si bien no hay que olvidar que algunas piezas, pocas, anuncian ya los rasgos de lo que será este servicio en la segunda centuria.

También los ejemplos del plato Hisp. 15/17 presentan características de un momento temprano de su evolución y junto a este plato, de difusión muy amplia en los enclaves de la época, comparece también el plato Hisp. 18, con claras reminiscencias de los prototipos sudgálicos, lo que nuevamente incide en su carácter temprano.

El repertorio de vasos lisos se completa finalmente el plato Hisp. 4. Se trata de una forma típicamente hispana que parece surgir ya, como en el caso del servicio conformado por la Hisp 35 y 36, en época flavia, para perdurar con gran esplendor durante todo el siglo II (Romero 1985: 228; Perez González, 1989: 336-337). Las características de nuestra pieza apuntan a un momento no muy avanzado, anterior muy posiblemente al s. II.

Abundantes resultan también, aunque en una proporción ligeramente menor, los vasos decorados, aportando el elenco formal unas cronologías centradas igualmente en las últimas décadas del s. I d. C.

El cuenco carenado Hisp. 29 se encuentra ampliamente representado. Esta forma es propia de los primeros momentos de fabricación de la sigillata hispánica, no excediendo en cualquier caso su producción los años finales de la centuria. Las características morfológicas de algunos ejemplares recuerdan aún los prototipos de allende los Pirineos, presentando otras un gusto más hispano. Las decoraciones evidencian esta misma mezcla, constatándose motivos muy asentados en la zona francesa, como una pieza con un tema metopado en el que los espacios intermedios son a su vez subdivididos por motivos cruciformes, junto a otras, mayoritarias, con esquemas más propiamente hispanos, en concreto propios del estilo metopado, en el que series de ángulos o líneas sinuosas se disponen verticalmente jerarquizando y organizando el campo decorativo. En los espacios intermedios se disponen punzones vegetales y animales que en general resultan poco identificables dado el carácter fragmentado de las piezas. Así y todo podemos apuntar la representación de un felino, de lo que parece ser una avestruz y de una cabeza de ánade. El origen de estos vasos, sobre todo teniendo en cuenta las características decoraciones que presentan, hay que buscarlo en los talleres riojanos del *Tritium Magallum*, en la cuenca del río Najerilla.

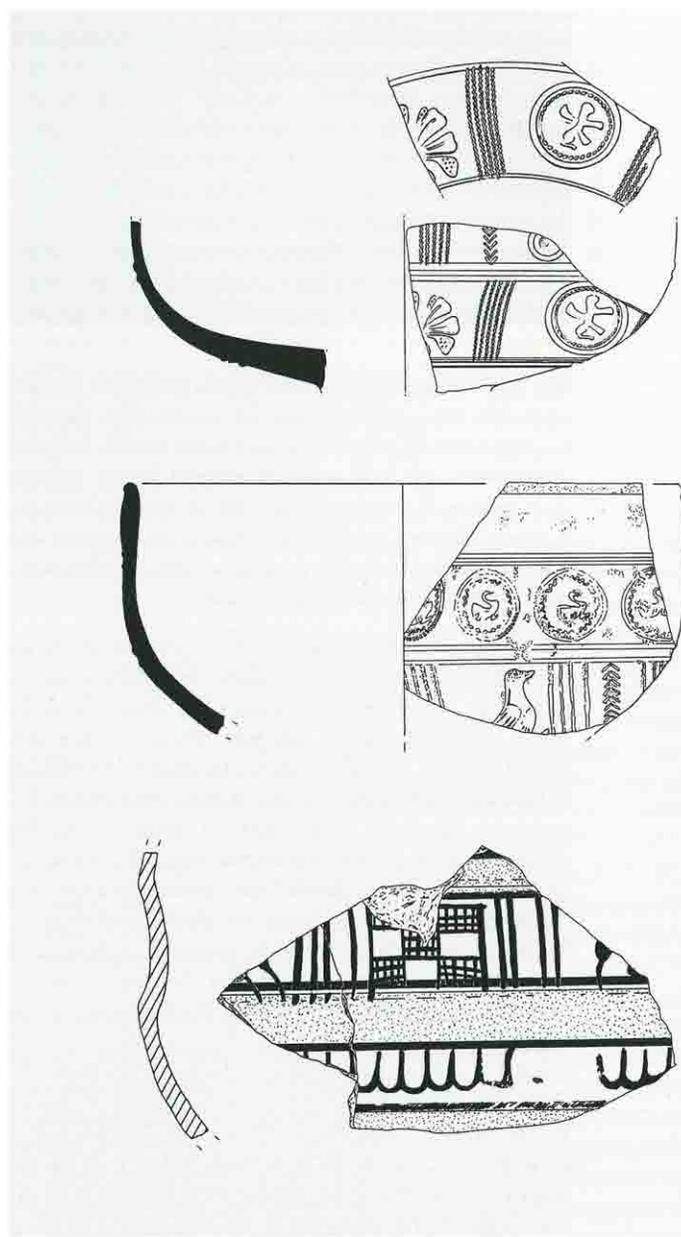


Aunque en mucha menor medida, reconocemos también la forma Hisp. 30. Se trata de un vaso que nuevamente aporta cronologías tempranas, centradas en la segunda mitad del s. I d C, presentando además nuestras piezas características que apuntan hacia un momento no muy desarrollado de la forma, sobre todo por la presencia de una pequeña moldura en cuarto de círculo en la zona de contacto entre la pared y el fondo, recuerdo los prototipos gálicos. La decoración de ambas piezas se organiza siguiendo diseños metopados y, en uno de los casos, manteniendo un gusto claramente sudgálico: los paneles se encuentran divididos por líneas onduladas oblicuas que delimitan espacios triangulares. En el interior de estos espacios hay punzones vegetales.

La forma híbrida Hisp. 29/37 porta esquemas decorativos sobre todo del estilo metopado, aunque documentamos ya un ejemplar que reproduce un esquema de círculos bajo lo que parece ser un friso de ovas de clara influencia gálica. Interesante resulta sin duda la presencia de esta forma por la información cronológica que aporta, al ser un claro exponente de un momento de transición, en el que la evolución del "gusto", llegado nuevamente desde la Galia, está marcando el paso del cuenco carenado -forma 29- al cuenco hemisférico -forma 37-, transición que podemos estimar que se produjo en el último tercio del s. I d C.

Pero la forma decorada más abundante en este nivel es sin duda el cuenco hemisférico Hisp. 37. Una única pieza

Fragmentos de vasos de terra sigillata hispánica, forma 29



TSH 37 y cerámica pintada bícroma (a diferentes escalas)





que ilustran estos vasos aporta nuevos esquemas metopados, de círculos y otros que reflejan claramente el momento de transición entre ambos estilos. En cuanto a los punzones, apuntar que en el interior de los círculos son frecuentes las estampaciones de rosetas de ocho o nueve pétalos, las palmetas o, con menor frecuencia, de círculos concéntricos de menores dimensiones. No están ausentes tampoco los que representan animales, entre los que constatamos un conejo o una liebre en el interior de un círculo sogueado de amplio diámetro, y ánades. Destaca también la presencia de al menos una representación mitológica: un grifo, en este caso dispuesto en el interior de un círculo o medallón.

Como es bien sabido, la forma Hisp. 37 presenta una larga perduración. El conjunto estudiado tiene características propias de los primeros momentos del desarrollo de la forma, cronología que en cualquier caso no creemos que exceda el siglo I d. C. Para ello nos basamos sobre todo en el repertorio decorativo, ya que aunque predominan los esquemas circulares tienen aún un notable peso los metopados y los que mezclan ambos estilos. Encontramos asimismo una serie de detalles que apuntan igualmente a esa temprana cronología, como ese cierto *horror vacui* de las decoraciones de metopas; la tendencia a agrupar o incluso a "amontonar" los diferentes motivos; el uso de punzones de notables dimensiones; el empleo de ciertos recursos que "recuerdan" a las piezas gálicas, como el proceso de subdivisión del espacio metopado por medio de elementos cruciformes; la presencia de círculos de dimensiones amplias, o al menos no reducidas, en los que, al modo de los medallones sudgálicos se reproducen diversos punzones, fundamentalmente vegetales o animales, etc. Todas estas circunstancias, mezcla de la herencia gálica y de las nuevas ideas y modos de hacer propiciados por el esplendor y el despegue definitivo de las producciones hispánicas en el últimos tercio del s. I, en época flavia, parecen avalar, pues, la cronología ya propuesta para el conjunto a partir de las otras producciones.



Junto a las piezas analizadas adscribibles con claridad a una u otra forma, recuperamos también una serie de fragmentos de pared o fondos con decoración y para las que no podemos aportar una tipología concreta. Se trata de un conjunto de piezas que desarrollan mayoritariamente esquemas metopados y en menor medida circulares. Entre los motivos destacar la presencia de dos cuadrúpedos, posiblemente perros, en movimiento en uno de los fragmentos.

En resumen, el repertorio de piezas documentado de este nivel reproduce fielmente las características propias de la terra sigillata hispánica de la segunda mitad del s. I d. C., en los periodos de surgimiento y afianzamiento de esta producción como tal. Contamos en principio con formas que claramente remiten a este periodo formativo que, como ha quedado demostrado, debió originarse entre el 55/60 d C. y el comienzo de época flavia. Así, entre las formas lisas, hemos resaltado la presencia de copas tan prototípicas de estos momentos como la Hisp. 24/25 o la Hisp. 27 y de platos como Hisp 18 o 15/17, en los que es bien visible aún la huella de los prototipos sudgálicos. Entre las formas decoradas señalamos varios ejemplares del característico cuenco carenado Hisp. 29 o del también cuenco Hisp. 30. En estos vasos en ocasiones documentamos esquemas decorativos del estilo de imitación sudgálico o diseños metopados que recuerdan aún las composiciones de aquella zona. Junto a estas piezas que parecen enlazar directamente con los orígenes de las producciones hispánicas documentamos también fragmentos, más abundantes que los anteriores, que remiten claramente al periodo de afianzamiento y mayor esplendor de la sigillatas hispánicas, como es la época flavia. Resulta significativo en este sentido resaltar las diferencias entre este depósito y su precedente en el que, como indicábamos, resultan más abundantes las formas preflavias, lo que a todas luces es indicativo de su mayor antigüedad.

A este momento flavio hay que adscribir tipos bien representados en el nivel como el servicio constituido por la copa y el plato Hisp 35 y 36, de clara herencia sudgálica surgidos también en este momento, o el plato Hisp 4, cuyo origen parece más vinculado a los talleres hispánicos. Junto a estas constatamos también la gran mayoría de las formas propias del periodo formativo (como la 27 o 15/17), que van evolucionando gradualmente hasta adquirir las características de lo que serán los tipos propiamente hispanicos. Entre las formas decoradas, y junto al cuenco carenado Hisp 29, comparece el hemiesférico Hisp 37 y los perfiles híbridos (Hisp 29/27) que se decoran, como hemos visto, con esquemas metopados, de transición o de círculos en su etapa inicial, en los que en ocasiones es posible rastrear aún la huella francesa.

A partir de estos datos pues, proponemos cronologías centradas en las últimas décadas del s. I d. C. como periodo de "formación" para el nivel que analizamos. La explicación de las numerosas, aunque minoritarias, piezas que apuntan hacia momentos anteriores hay que entenderla sin duda en términos de perduración, de uso y mantenimiento de ciertos vasos en fechas posteriores a las de su fabricación.

Como en el nivel anterior comparecen también en este último echadizo de época romana algunas piezas, muy pocas, correspondientes a época tardía. Su presencia entre las piezas altoimperiales creemos que responde a los mismos motivos ya expuestos líneas arriba: intrusiones posteriores ligadas a las profundas remociones que parece haber sufrido el solar, y que, en cualquier caso, resultan claros indicadores de la perduración del núcleo poblacional de Ávila en un momento que no podemos rastrear directamente a partir de la estratigrafía proporcionada por nuestra excavación.

En la cerámica pintada, aunque experimenta una fuerte reducción porcentual respecto al nivel anterior, se asiste paralelamente a un considerable aumento de la tipología, provocado sobre todo por la incorporación al conjunto vernáculo de los nuevos productos, considerados ya como cerámicas romanas de tradición indígena, que llegan tanto desde los alfares de *Clunia*, en Coruña del Conde (Burgos), como de los talleres altoimperiales de la Meseta Sur. Al mismo tiempo, los



alcalles locales tratan de soportar el impacto que supone la invasión de los mercados por las sigillitas hispánicas mediante la adaptación de sus repertorios a los nuevos modelos, realizando imitaciones de los vasos romanos o al menos adaptándose al cambiante mercado, que pide sobre todo vasos para beber, pero también jarras o botellas y pequeñas ollitas.

De entre las producciones posiblemente locales perviven los cuencos o copas de borde redondeado, los vasos de cuerpos carenados o globulares con bordes abiertos y contamos también con varios ejemplares que remiten a formas tipo jarra o botella. Pero mayor interés tiene la nueva producción de cerámica romana de tradición indígena. Entre ellos la forma dominante es una ollita de cuerpo globular y borde saliente que lleva una decoración estandarizada de bandas vinosas y líneas en negro dispuestas en frisos. Estos vasos se producen al menos en tres centros de la Meseta Sur: en la ciudad de *Segobriga* (Cabeza de Griego, en Saelices, Cuenca), en el taller de Villaverde (Madrid) y en otro centro no localizado situado en la provincia de Toledo, fechándose su producción entre mediados del siglo I d. C. y mediados del II (Abascal Palazón, 1986: 109-110, fig. 85-96), como demuestran también las excavaciones en la ciudad de *Complutum* (Alcalá de Henares) (Polo López, 1999: 96-97). Por lo que se refiere a su distribución, Ávila sería ahora el punto más septentrional, pues hasta ahora se consideraba restringida a una zona que abarca las actuales provincias de Cuenca, Guadalajara, Madrid, Toledo y parte de Extremadura (Abascal Palazón, 1986: 116-120). Otra forma que tiene su origen en esos mismos centros de la Meseta Sur es el cuenco con borde engrosado y labio afilado, que puede ser creación de *Segobriga*, pero que en otras ciudades como *Complutum* va sustituyendo al cuenco de borde redondeado entre los años 40 y 70 d. C., imponiéndose de manera clara a partir de esa fecha (Polo López, 1999: 93).

Las otras piezas romanas pintadas surgen en los talleres de la ciudad burgalesa de *Clunia*, por lo que nos están señalando una nueva vía comercial hacia el norte. De esos alfares salió un vaso de forma globular con borde exvasado y pared recta, que puede fecharse entre los años centrales del siglo I y finales de la centuria (Abascal Palazón, 1986: 65-66, fig. 36-37) y un típico vaso carenado con decoración pintada en negro y dividida en metopas, cuya cronología se inicia en los años 60-70 d. C. (ibídem: 78-79).

Por lo que se refiere a los motivos, en estos momentos se han simplificado de manera considerable, pues lo normal es que se limiten a la combinación de bandas vinosas y líneas en negro de origen meridional, o de diseños geométricos en negro, como los que figuran en los barros clunienses, siendo excepcional la presencia de motivos figurados.

Como ya hemos anunciado, uno de los rasgos característicos de este nivel es la multiplicación en los tipos destinados al servicio de mesa, lo que se manifiesta con especial intensidad en la cerámica común. Así, de las tres formas reconocidas en el nivel anterior pasamos ahora a ocho, que abarcan un amplio espectro, desde cuencos de variada tipología, hasta jarras con o sin cuello, platos o *catinus* de bordes sencillos, salientes o engrosados, o botellas (*lagona*). Nómina que aún se diversifica



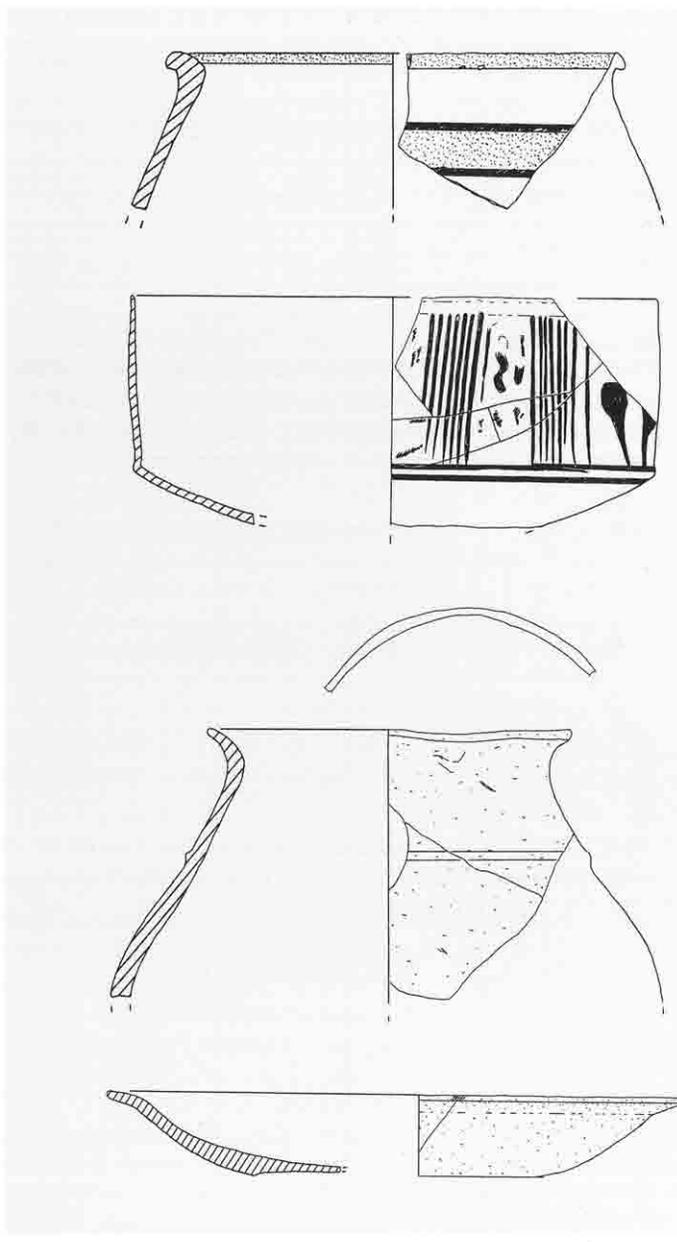
Aforisco y cerámica pintada, entre ella la cerámica tipo Clunia



más por la presencia de variantes engobadas en rojo de los pequeños cuencos de borde saliente o de una posible jarra. Todos estos perfiles tienen buenos paralelos, que nos confirman la cronología del nivel, en numerosos yacimientos ibéricos, entre los que nuevamente podemos referirnos al zamorano de Rosinos (Carretero Vaquero, 2000), a algunos de la Bética (Serrano, 1995) o a Mérida (Sánchez Sánchez, 1992; Alvarado y Molano, 1995). En relación con este último lugar debemos hacer notar que contamos con un vaso ovoide o globular de color gris oscuro decorado a ruedecilla que muy posiblemente procede de la capital de Lusitania, con cronología desde Claudio y hasta el primer cuarto del siglo II (Alvarado y Molano, 1995: 291-292, fig. 15; Sánchez Sánchez, 1992: 40-41, fig. 8), reclamando nuevamente los fuertes vínculos de *Obila* con su capital provincial.

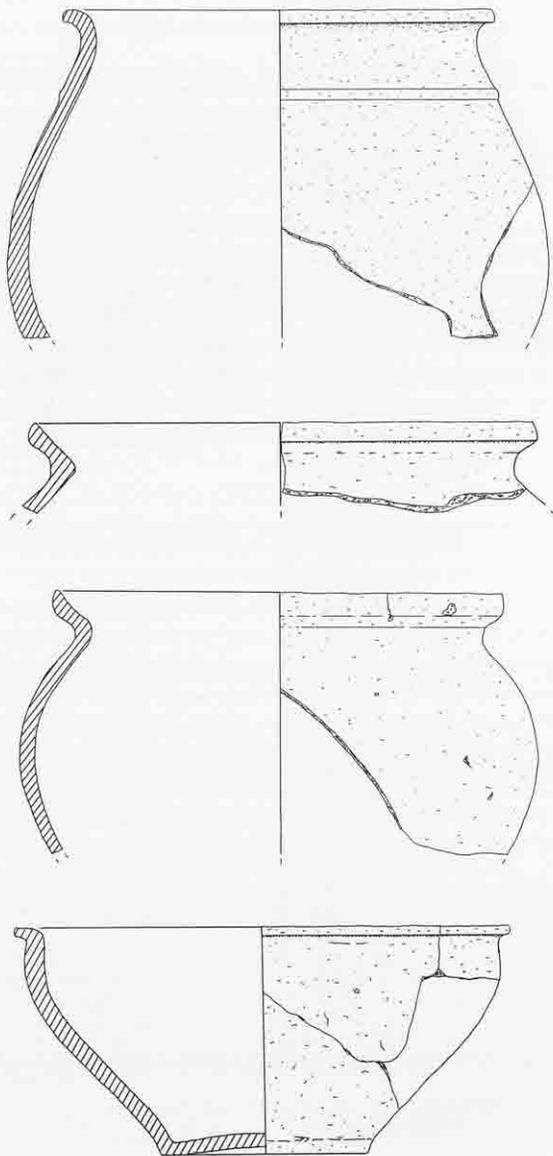
De la fina producción de cerámicas grises bruñidas, directamente enraizada en la tradición vettona, podemos citar ahora cuatro ejemplares. Uno corresponde a un vaso glubular, similar a una pequeña ollita, otros dos son fragmentos de bordes sencillos de un plato, taza o cuenco abierto, y el último es parte de la pared de una posible jarra con decoración tamponada, reproduciendo, aunque con distinta matriz, el tipo de estampilla circular con radios que ya observamos en el nivel anterior.

Por último, perteneciente a la típica y lujosa producción romana denominada de paredes finas por el extremado refinamiento que adquiere su modelado, disponemos de un fragmento de pared de un recipiente con engobe beige brillante externo y decoración a ruedecilla. Lamentablemente el trozo es demasiado pequeño como para reconocer su forma, por lo que tan sólo podemos mencionar que la decoración a ruedecilla parece ser la mayoritaria en los productos de la segunda mitad del siglo I d.C. (Ricci, 1985: 316, citado en Carretero, 2000: 520). Es seguro que el valor que tenían estas piezas en los mercados es lo que lleva a los alfareros locales a realizar imitaciones, representada aquí por fragmentos de dos vasos.



Ollita pintada de la Meseta Sur, vaso carenado de Clunia, y jarra y plato de cerámica común (a diferentes escalas)





Ollas y cazuelas de cerámica común

A partir de los trozos que entregó la excavación de este estrato, hemos identificado casi doscientos vasos como correspondientes a las piezas utilizadas en las cocinas, siendo mayoritarias aquellas que no han recibido ningún tipo de engobe, aunque unas y otras remiten a la misma tipología funcional. Por otro lado, cabe señalar que la diversificación de formas que veíamos en la cerámica de mesa llega también, aunque de manera mucho más matizada, al ámbito culinario.

Siguen siendo las ollas de borde vuelto las que dominan el repertorio, encontrando variantes con o sin asas, piezas con ligeros entalles para las tapaderas y otras con un verdadero escalón en la parte interna del borde destinado a este fin. Junto a estas encontramos otras con el borde vertical engrosado que recuerdan viejísimos prototipos de época republicana, pero que en nuestro caso parecen más bien el resultado de una evolución local. El tercer tipo de olla claramente diferenciado se caracteriza por su borde reentrante. A mucha distancia de las ollas encontramos las cazuelas, unas en forma de grandes cuencos de borde horizontal y otras, representada por un único ejemplar, con el borde engrosado y asiento de tapadera, aunque dadas sus grandes dimensiones tal vez pudo funcionar como barreño para lavar o como lebrillo para tareas de higiene. Finalmente tenemos varios ejemplares de tapaderas, de las destinadas a ollas y cazuelas, y de cuencos más pequeños posiblemente creados para procesos culinarios en frío. Aunque en menor número, la cerámica engobada en rojo repite esta tipología, debiendo tan sólo destacar un nuevo plato legionario, de características algo distintas al encontrado en los niveles inferiores. Recordemos que la función original de estos recipientes es la de fuente de horno o directamente sobre el fuego, para luego servir la comida sobre la tapadera, que invirtiéndola haría las funciones de plato; sin embargo, muchas de las imitaciones pudieron emplearse simplemente como platos.

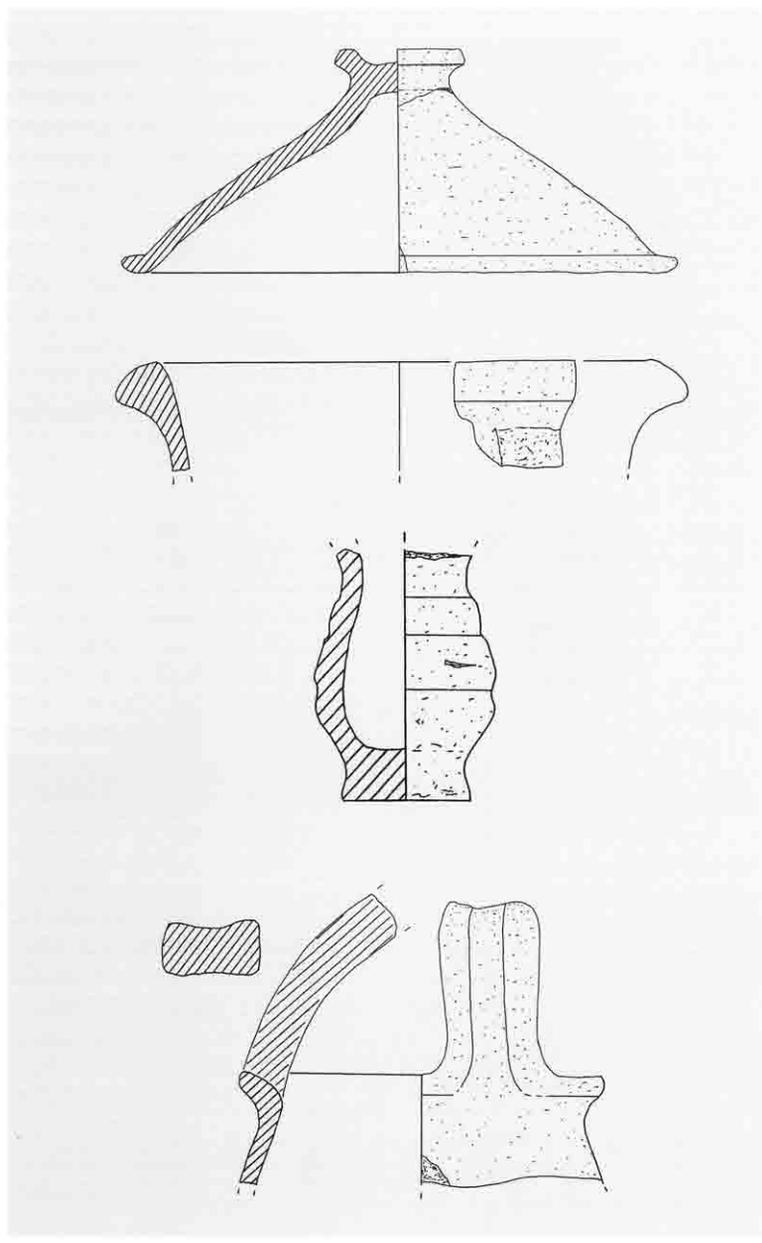
La cerámica destinada a los almacenes, a las despensas o al transporte sigue parecidas pautas. Entre ellas hay ejemplares de modelos típicamente romanos, como es el



caso de un ánfora de salsas de pescado, conocidas como *garum* en los tratados latinos, por lo que casi con seguridad procede de las costas del sur de la Península Ibérica. Otro objeto típicamente romano es un *anforisco* o tapón cerámico de ánfora, que tiene forma de pequeña botellita de modelado muy tosco. Pero las piezas más comunes son aquellas para las que ya tenemos precedentes indígenas, caso de las orzas, de las tinajas o de los vasos de asa de cesto. Caso curioso es el de una orza que presenta un nervadura en la parte superior de la pared y sendas bandas de aguada rojiza paralelas, una en el labio y la otra en el cuerpo, repitiendo un esquema decorativo que ya habíamos visto en algunas ollas.

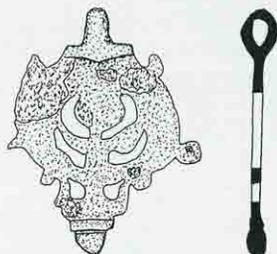
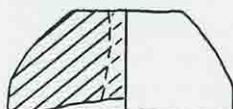
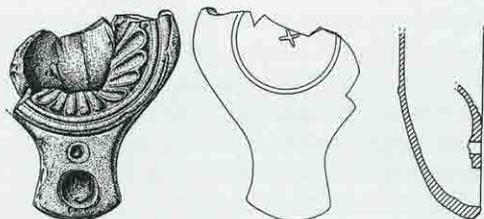
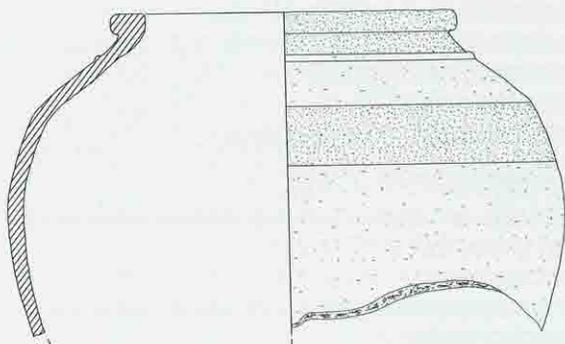
Entre los otros materiales encontrados hay que referirse por su significación cultural a dos lamparillas portátiles de cerámica (lucernas), una típicamente ibérica, de las conocidas como tipo Andújar, producidas en el sur peninsular y con cronologías de época julio-claudia, extendiéndose de modo residual hasta época flavia (Carretero Vaquero, 2000), y que seguramente llega a Ávila a través de Mérida. La otra pieza responde al tipo de disco, presentando una decoración de ovas que nos dice que no sobrepasa los límites del siglo I d. C. y que su origen está en los talleres centroitálicos.

La presencia de lucernas en El Grande plantea interesantes cuestiones sobre el proceso romanizador de la ciudad. Incide realmente en los mismos aspectos ya comentados para las producciones de sigillata y algunas cerámicas comunes acerca del auge e importancia de ciertas vías comerciales, en particular la que une *Obila* con su capital provincial. De singular importancia resulta también el hecho del necesario comercio con la Bética, que, de momento, se vislumbra como la principal proveedora del aceite utilizado como combustible. Otro dato de singular interés es lo que suponen como adopción de nuevos patrones, ya que su presencia implica que la población abulense en esta segunda mitad del siglo I se está alumbrando ya al "modo romano".



Tapadera, borde ánfora, anforisco
y vaso con asa de cesto (a diferentes escalas)





Posibles atfiles

Los otros elementos cerámicos recuperados son tipológicamente menos significativos, aunque tienen también un gran sentido como signo de esta aculturación. Nos referimos a los varios fragmentos de téglulas, que acompañados de algunas antefijas en forma de flecha demuestran la presencia de construcciones techadas al estilo romano. Por su parte, un pequeño contrapeso de telar (fusayola) con restos de engobe rojo y dos piezas en forma de estrella de seis puntas que no sin muchas dudas hemos identificado como atfiles o separadores de los vasos en los hornos de los alfareros nos aproximan a las actividades artesanales que se desarrollaban en la ciudad, bien en el ámbito doméstico, dado el pequeño tamaño de nuestro peso, o bien de forma más especializada, como puede ser la alfarería. Para finalizar, son relativamente abundantes las piezas cerámicas recortadas en forma de fichas circulares, las de mayor tamaño pudieron cumplir ciertas funciones utilitarias, como tapaderas de ciertos recipientes, pero otras tal vez tuvieron su lugar en los tableros de juego.

En cuanto a los objetos de bronce recuperados, son pocos los que nos han permitido una identificación más o menos segura. Contamos así con restos de piezas utilitarias tipo alfileres o clavos, con remaches de objetos de cuero y con otros elementos punzantes irreconocibles. Otros son objetos de tocador y adorno, como el extremo en forma de

Orza con aguada rojiza en bandas, lucerna tipo Andújar, fusayola y adorno de carro (a diferentes escalas)



paloma perteneciente quizás a un osculatorio en muy deficiente estado de conservación, unas posibles pinzas de depilar o varios ejemplares de aretes planos. En otra categoría caben las piezas que pudieron formar parte de muebles o de carros, como es el caso de un pinjante en forma de hoja calada, adorno de carro para el que encontramos un paralelo casi idéntico en Celsa (VV.AA., 1990: 317, nº 295). Por último, debemos recalcar que en este nivel también hemos recuperado una moneda de bronce, pero desgracia ilegible.

Los hierros, por su parte, parecen corresponder siempre a herramientas básicas (clavos, arandelas, pasadores, etc.) y su estado de conservación es siempre muy lamentable.

Cinco fragmentos de bordes de vidrio remiten a una forma sencilla tipo cuenco que resulta común en las más lujosas mesas romanas entre los reinados de Nerón y Vespasiano (Flos Travieso, 1987: 64-65, figs. 32-33).

En hueso contamos con un espeso y algo tosco *acus crinalis* o aguja de pelo de gran cabeza de perfil cuadrado y extremo aguzado pulido que porta en la parte superior de la aguja una sencilla decoración en forma de aspa.

Finalmente, debemos resaltar varios fragmentos de molinos circulares de granito con agujero central localizados en la excavación y que nos remiten a las actividades domésticas realizadas en las casas particulares de la *Obila* hispanorromana.

En resumidas cuentas, la abundante presencia de sigillatas hispánicas fechan el último nivel romano de nuestra estratigrafía en el último tercio del siglo I y hasta el final de la centuria. En este momento no sólo llegan a Ávila las sigillatas elaboradas en los talleres riojanos de *Tritium*, sino también las cerámicas pintadas de *Clunia* o las producidas en los talleres altoimperiales de la Meseta Sur, así como lucernas, ánforas, cerámicas de paredes finas y diversos productos de tocador que definen que el núcleo de población que iniciará el siglo II es una sociedad plenamente hispanorromana.



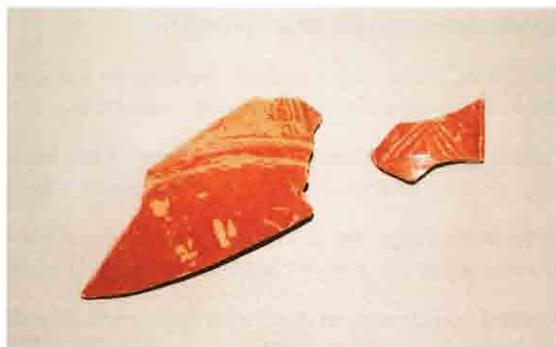
LA CIUDAD ABIERTA AL MUNDO

Los materiales documentados en los niveles romanos de nuestra estratigrafía evidencian claramente la integración del enclave abulense en las vías comerciales propias del Alto Imperio. Es nuestra intención, por tanto, establecer, de manera muy sucinta, algunas consideraciones acerca del origen y modo por el que estas producciones arriban a nuestro yacimiento, haciendo referencia en este caso y fundamentalmente a las de terra sigillata, las mejor conocidas al tratarse de productos hasta cierto punto "estandarizados", sin que renunciemos por ello a establecer algunas consideraciones sobre otros tipos cerámicos.

Muy escasa resulta en nuestro enclave la representación de sigillatas itálicas. Como hemos visto, contamos únicamente con tres fragmentos de tipología indeterminada, por lo que nada podemos aportar, a ciencia cierta, acerca de su origen concreto o su cronología. Tan sólo tenemos un dato cierto, y es que la analítica practicada a una de las piezas parece apuntar un origen centrado en los talleres del valle del Po, en el norte de la Península Itálica.

Más abundantes resultan, como ya hemos mencionado, las piezas de filiación sudgálica. En cuanto a su procedencia, los resultados de los análisis practicados a algunos fragmentos no dejan lugar a dudas sobre lo que ya era presumible a simple vista, y es su procedencia de los talleres de la zona de La Graufesenque, en el Aveyron francés. Esta filiación resulta lógica y está en perfecta consonancia con lo que se ha señalado para numerosos yacimientos del norte peninsular (Herrera de Pisuerga, Numancia, Rosinos de Vidriales). Como queda patente en el mapa confeccionado por Vernhet (1986:102 y 103, fig 6) y ha resaltado recientemente Carretero Vaquero (2000: 357), exceptuando el litoral norte de la Península y la zona pirenaica occidental, surtidos por vía terrestre o marítima desde el centro productor de Montans, el resto de la Península parece entrar en la órbita de comercialización de las producciones de La Graufesenque, distribución que se realizaría en primera instancia por vía marítima partiendo desde el puerto de Narbona, salida natural de los centros alfareros de este sector.

Importante es valorar también el hecho de que se trata ésta de la primera "oleada" de importaciones continuadas que podemos constatar en la ciudad de Ávila. Si bien es posible que en fechas anteriores hayan llegado, parece que de modo muy esporádico, algunas piezas de filiación itálica, sí hay que señalar que es a partir de mediados-finales del periodo julio-claudio -a partir del año 40/50 aproximadamente- cuando la ciudad parece experimentar un cierto auge o "un impulso romanizador importante", insertándose de hecho y de modo más pleno en los circuitos comerciales del Imperio. Es muy posible, pensamos, que en este mismo momento, y aprovechando estas mismas vías comerciales lleguen al enclave otros productos que hablan también de esta intensa romanización, como es el caso de las lucernas, al menos de la de "tipo Andújar", que ofrece asimismo cronologías julio-claudias, y quizás incluso, como ya hemos apuntado, alguna o algunas de las piezas itálicas constatadas.



Fragmento de TSH 30



En cuanto a las redes de comercialización concretas habría que pensar en el papel como centro redistribuidor de la colonia *Emerita Augusta*, con la que sin duda la antigua *Obila* habría mantenido importantes contactos, no solamente comerciales sino también políticos y administrativos, derivados de su condición de capital de la provincia lusitana y mucho más cercana, por otra parte, a los puertos del Atlántico, a las rutas marítimas en definitiva señaladas por Carretero Vaquero (2000: 357-358) como de singular importancia en la distribución de las sigillatas itálicas y gálicas desde sus centros de origen.

En estos contactos comerciales hay que señalar la proximidad de la vía romana de Mérida a Zaragoza, que discurría al sur del límite administrativo de la actual provincia de Ávila y con la que muy probablemente se unía en algún punto entre *Augustobriga* (muy posiblemente Talavera la Vieja) y Toledo. Este eje de comunicaciones secundario atravesaba de norte a sur la provincia abulense, que debió tener un importante punto en nuestro enclave y parece estar evidenciado por restos de tan singular importancia como los documentados en la tan traída y llevada calzada del Puerto del Pico, de muy posible origen romano a pesar de que su cronología no haya podido ser nunca concretada y comprobada por datos arqueológicos (Mariné 2001: 295). Por esta misma vía que comunica Ávila con Mérida a través de la Meseta Sur y desde ésta última con la Bética debieron llegar otros productos, como el ejemplar de cerámica negra a ruedecilla, las producciones pintadas de los talleres de la Meseta meridional, el aceite para las lucernas o, finalmente nuestra ánfora de *garum*.

Sin duda merece especial consideración el tema de la difusión y comercialización de una cerámica tan abundante y singular como es la sigillata hispánica que, como hemos visto y es normal, supera con creces el volumen de las importaciones de otras provincias del imperio más alejadas como pueden ser la Península Itálica o las Galias. En cuanto al origen de estas vajillas, no caben dudas acerca de su procedencia mayoritaria, casi monopolista podríamos decir, de los talleres riojanos del *Tritium Magallum*, en la cuenca del río Najerilla. Este dato parece probado no solamente por las características físicas, morfológicas y decorativas de las piezas, sino también por la analítica de las pastas empleadas en su elaboración.

Por lo se refiere a los canales de distribución, M^a P. Sáenz Preciado y C. Sáenz Preciado (1999: 70) han destacado en fechas recientes el papel que debieron desempeñar dos enclaves de excepción, como eran las colonias de *Caesaraugusta* (Zaragoza) y *Emerita* en los procesos de redistribución de éstas y otros tipos de producciones a través de una densa red de calzadas que las pondría en comunicación con la mayoría de las ciudades hispanas. Acabamos de resaltar en este sentido, a la hora de valorar la presencia en nuestro yacimiento de producciones itálicas o sudgálicas, la importancia que a nuestro juicio debieron tener las comunicaciones con Mérida, evidenciadas además por la existencia de una lucerna de "tipo Andújar" y de otros productos de cerámica común cuyo origen más certero a partir de los datos con que contamos parece ser éste. Con ello, lógicamente, no pretendemos sugerir el carácter "unívoco" de unas relaciones comerciales que por fuerza debieron ser mucho más amplias, ricas y complejas de lo que nosotros llegamos a intuir, relaciones que sin duda fueron de notable intensidad con otros enclaves de la Meseta Norte con los que además las comunicaciones habrían de resultar bastante más sencillas al no existir barreras físicas, montañosas, de entidad.

Junto a esta presencia mayoritaria de las producciones de Tricio, documentamos al menos una pieza que evidencia un origen distinto y que parece romper esta imagen prácticamente monopolista de los talleres riojanos, nada extraña, por otra parte, si la comparamos con la aportada por cualquiera de los yacimientos meseteños de cronología altoimperial. Se trata de un fragmento de cuenco hemiesférico (Hisp. 37) que reproduce las características del recién definido "taller de las Palmetas" (Romero Carnicero, 1999: 169-208). Encuadradas en este grupo, que presenta unas características muy concretas no sólo en su aspecto físico -barniz rojo claro, casi anaranjado, brillante-, sino también en lo que respecta al elenco formal representado -exclusivamente formas Hisp. 29, 29/37, 37 y 30- y en las composiciones decorativas que desarrolla



-todas ellas dentro de esquemas metopados-, se recogen una serie de piezas localizadas en algunos yacimientos del valle del Jalón, del extremo este de la Meseta Norte y de la zona norte de la Meseta Sur; en concreto en los enclaves de *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza), *Numantia* (Garray, Soria), *Uxama* (El Burgo de Osma), *Térmes* (Montejo de Tiermes, Soria), *Complutum* (Alcalá de Henares) o *Valeria* (probablemente en Valera de Arriba, Cuenca). Nuestra pieza, por tanto, parece ampliar ostensiblemente hacia el oeste y el suroeste la orla de difusión de un taller de carácter más regional del que desconocemos hasta el momento, y de modo categórico, su centro de producción.

Asimismo, las conexiones con otros puntos de la Meseta Norte parecen claras también a través de las importaciones de cerámica pintada del taller de *Clunia* que llegan a nuestro yacimiento en el último tercio del siglo I d. C., etapa de expansión de este tipo de producción (Abascal Palazón, 1986: 78-79).

Otra vía es reclamada por las cerámicas altoimperiales pintadas de la Meseta Sur que aparecen en esa segunda mitad del siglo I d. C., con centros conocidos en *Segobriga*, Villaverde o dentro de la provincia de Toledo y que tienen ahora a Ávila como punto más septentrional de su red de comercio. En realidad estas relaciones comerciales no hacen sino continuar otras vigentes desde época vettona y por la que llegan a nuestro territorio las cerámicas bícromas tan características del episodio tardoceltibérico de la Meseta Sur.

Todas estas relaciones dan cuenta de una de las consecuencias de la romanización, de la cual *Obila* no es en absoluto ajena, nos referimos a la integración de las sociedades asimiladas a un sistema abierto de comercio, que posibilita las relaciones con puntos cercanos o distantes dentro de la propia Península Ibérica, pero también con productos que llegan a nuestras costas desde el sur de la Galia o desde lugares tan próximos al mismo centro del imperio romano como el valle del Po. No cabe duda que alguna contrapartida comercial debía ofrecer la ciudad y ante la carencia de cualquier huella de producción artesanal a escala industrial, debemos suponer, como ya lo hiciera en su día Mariné (1995: 321) que fueron productos agropecuarios excedentarios los que salieron por los enlaces que comunicaban la ciudad con las vías principales que cruzaron Hispania. Conviene recordar en este punto que la decisión romana de forzar el descenso de los asentamientos fortificados en altura para crear otros en llano no sólo se debe a factores estratégicos ligados al control político y militar de esas poblaciones, sino también a la necesidad de acercar a los productores al territorio cuya explotación es útil en la economía del imperio.

En estas fechas finales del siglo I de nuestra era, Ávila parece bien integrada en la red comercial romana, y además desde fechas relativamente tempranas si hacemos caso a las sigillatas itálicas y subgálicas. A través de los mismos caminos por los que llegan las mercancías arriban también las personas que se irán asentando en este nuevo núcleo, y en este punto debemos recordar que en la necrópolis de finales de este siglo I cuyos epitafios forman parte de la muralla medieval se entierran gentes procedentes de *Uxama*, *Térmes* o *Emérita* (Mariné, 1995: 313). Las ideas que traían estos inmigrantes procedentes de núcleos mucho más romanizados debieron contribuir decisivamente a la transformación de la sociedad.



LA ROMANIZACIÓN DE LA ÁVILA DEL SIGLO I DE NUESTRA ERA

Cuando nos ocupamos de los orígenes de la ciudad, ya expusimos que los nuevos datos parecen contradecir a autores como Rodríguez Almeida y Mariné, entre otros, que aportaban una fecha de mediados del siglo I d. C. para una fundación de nuevo cuño, apoyando, por contra, la tesis enunciada por Martín Valls y Esparza y recuperada por Álvarez Sanchís en fecha más reciente. Pero aún quedaba una cuestión en el aire. Para aquellos autores la trama de la ciudad reproduce el urbanismo romano, porque la muralla medieval y algunas de sus calles se superponen casi directamente al plan de los tratadistas romanos, como Vitrubio. Según Rodríguez Almeida esto significa que Ávila tuvo un carácter pseudomilitar, fue una especie de colonia de soldados veteranos que si bien nunca tuvo este estatus sí funcionó como tal (Rodríguez Almeida, 1981). Por su parte, Mariné ve en este urbanismo vitrubiano o bien un auténtico campamento o bien el plano de un municipio nuevo (Mariné, 1995: 308-309).

Esta autora ya señala su extrañeza de que pese a esa trama urbana no queden restos en la ciudad de su funcionamiento ni como campamento ni como municipio, como sí sucede en otras ciudades hispanas con ese origen. Lo que se explicaría, según su interpretación, porque probablemente las expectativas creadas en su fundación no se vieron cumplidas, dando lugar a un poblamiento inestable en el espacio, que nunca se llega a urbanizar plenamente al estilo romano, lo que aclararía la falta de vestigios de sus obras públicas habituales, y en el tiempo, ya que mantendría un hábitat eventual, nunca plenamente consolidado (ibídem: 309).

Nuestra defensa de una fundación más antigua de la ciudad, ya en la primera mitad del siglo I a. C., que, con independencia de que su impulso dependiera de manera directa o sólo indirectamente del domino romano, estuvo protagonizada por una sociedad eminentemente indígena no impide, *a priori*, que en algún momento de su desarrollo el conquistador decidiera implantar una planificación romana, bien para un campamento que nunca se llegó a ocupar o bien para un municipio que no pudo ser consolidado. Pero lo que sí está claro es que la imagen que se desprende de nuestros niveles del siglo I d. C. no es en nada parecida a la que cabría esperar en un enclave militarizado o al menos con un importante componente militar. En este sentido habría que subrayar la práctica ausencia de hallazgos de *sigillata* itálica en el solar abulense, hasta el punto de que nuestras piezas son de momento las primeras documentadas¹³. Y ello es así ya que la abundancia de un material de este tipo es un

¹³ Si excluimos los hallazgos de *sigillata aetina* documentados según Rodríguez Almeida (1981:34) fuera de contexto en el año 1966 en un solar abulense, cuya fiabilidad a nuestro juicio se antoja bastante dudosa.



Fragmento de TSH 30 del nivel romano inferior con tema mitológico



exponente claro de "cultura romana", que en una fecha tan temprana como es el cambio de era o las primeras décadas del siglo I d. C y en un mundo que parece conservar hondas raíces indígenas, se configura como un evidente indicador de la presencia de "células" de romanidad como las que constituye el ejército. De otra parte, ni en nuestras excavaciones ni tampoco al parecer en otras practicadas en la ciudad se han encontrado restos de la panoplia militar romana, ni armas, ni restos de las piezas que conforman las corazas legionarias, ni de cascos, ni de los bocados de sus caballos, ni de los artesanos que acompañaban a las tropas; nada de nada.

Pese a todos estos argumentos, antes de negar completamente ese carácter militar o pseudomilitar de la ciudad en el siglo I d. C. debemos recordar dos datos. El primero es que hemos excavado en un punto extramuros de los límites de ese supuesto campamento, y el segundo es que nos falta un nivel claro que llene las primeras décadas del siglo, pues nuestras escasas *sigillatas* importadas están fuera de contexto, ya que proceden de un estrato datado a inicios del último tercio de la centuria.

En cualquier caso, con todo lo dicho hasta ahora nos parece mucho más plausible pensar en un ambiente indigenista que progresivamente va siendo romanizado, aunque nunca alcance la categoría de municipio. Si como una muestra más de su romanización este enclave se adaptó a un esquema vitrubiano dentro de una primera cerca defensiva es algo perfectamente admisible dentro de esta interpretación y que puede probarse por hallazgos como el verraco recientemente encontrado bajo la construcción medieval de la Puerta de San Vicente y la supuesta cimentación romana que se le asocia (Gutiérrez Robledo, 2000: 501-503).

Por lo que se refiere al proceso de aculturación de la sociedad, el estudio de los materiales de los dos últimos niveles ha revelado que a partir de un momento relativamente avanzado de época julio-claudia, posiblemente en el reinado de Claudio, comienzan a llegar de un modo continuado al enclave abulense las primeras importaciones de sigillatas, procedentes de los talleres del sur de la Galia. Es a este momento también al que parece remitir la lucerna de tipo Andújar documentada. Estas circunstancias lógicamente implican la existencia de una población, o al menos de una élite dentro de ella, que gusta de la nueva vajilla de moda y que, abandonando los sistemas de alumbrado indígena, está comenzando a utilizar los propuestos por el mundo romano. Además, como ya apuntamos páginas atrás, la presencia ya en esta época de elementos constructivos romanos, como tégulas y antefijas, así como de broches en omega indica que la transformación no alcanza sólo la vajilla o el alumbrado sino que también al menos parte de la población comenzó a construir y a vestirse al modo latino. Estos materiales asimismo están indicando la fluidez de los contactos comerciales, la integración en definitiva en las vías del comercio altoimperial, con vínculos claros con enclaves de las dos mesetas y singularmente importantes con la capital de la Lusitania, que actúa como centro redistribuidor de productos de las regiones más meridionales de la Península.

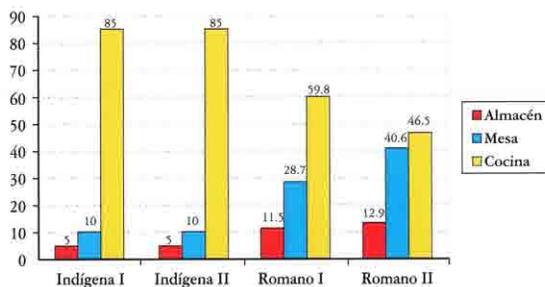
Esta corriente romanizadora que advertimos en Ávila es común a otros núcleos de esta parte meridional de la Meseta, como son los castros vettones de Ciudad Rodrigo y Salamanca, donde los signos de romanización ejemplifican un proceso coetáneo al experimentado por Ávila, con la salvedad de que son castros no despoblados, por lo que el sustrato indígena es más evidente. Otro yacimiento cercano aunque ya dentro del ámbito vacceo, como es la ciudad de Segovia, manifiesta este mismo desarrollo, con una primera fase indígena poco definida de la primera mitad del siglo I d. C. y una pujante huella hispanorromana ya en la segunda mitad del siglo, en época flavia, y en la centuria siguiente (López Ambite y Barrio Álvarez, 1994: 51-59). A diferencia del caso segoviano, la presencia de importaciones de sigillata itálica y sudgálica en Ávila parece insinuar que la incorporación al mundo comercial romano fue en nuestro caso más temprana, aunque de modo paralelo se aprecia una pervivencia de los productos alfareros indígenas, con las diferencias propias de pertenecer a ámbitos culturales distintos.



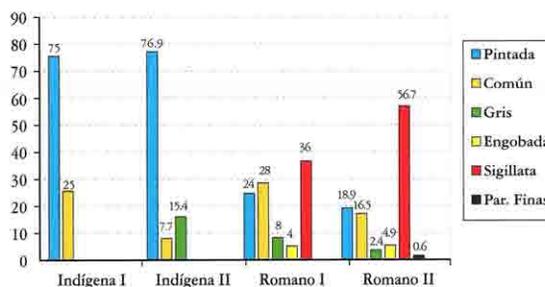
Esta evolución en los gustos y modos de la sociedad desde el mundo indígena al hispanorromano tiene un singular reflejo en los cambios experimentados por las producciones cerámicas estudiadas. Por un lado, vemos como la nueva cultura impone unas formas de comer, beber y servir, de atender la mesa en definitiva, más complejas que las tradicionales vettonas, lo que se manifiesta en un aumento evidente de la representatividad de las vajillas de mesa (Graf. 1). Por otro, vemos como la incorporación de la sigillata se hace lógicamente a costa de la cerámica pintada indígena y, en mucha menor medida, de la gris bruñida, pero ambas producciones, sobre todo la primera, sigue manteniendo una acusada presencia incluso en el nivel más romanizado, donde empieza a acompañarse de nuevos productos como los vasos de paredes finas (Graf. 2).

El proceso de romanización parece ya muy avanzado en la segunda mitad del s. I, momento en que, como en gran parte del sector centro-norte peninsular, comienzan a llegar con un carácter marcadamente monopolista las producciones de sigillata hispánica procedentes de la zona tritense, acompañadas de cerámicas pintadas del taller de Clunia o de los talleres de la Meseta Sur y de ciertos productos de cerámica común, como los cuencos reductores con decoración a ruedecilla o las ánforas, que delatan que la vía con Mérida y la Bética continúa en plena vigencia, aportando aceites y salsas de pescado a esta zona interior de la Meseta. Nuevos productos como los vidrios, los vasos de paredes finas, los instrumentos de bronce y hueso de tocador y los materiales de construcción no hacen sino insistir en la intensidad y velocidad de este proceso protagonizado por la población abulense de fines del siglo I d. C., que, recordemos, se entierran ya al nuevo modo y han adoptado en muchos casos nombres latinos. Con todo, la huella de la raíz vettona no se ha borrado por completo, perviviendo en ciertas producciones cerámicas como las grises estampilladas o las pintadas, que mantienen motivos decorativos tradicionales.

De lo que sucede después, en el siglo II y posteriores, ya no tenemos constancia en las excavaciones que hemos realizado en la Plaza de Santa Teresa. Habrá que esperar que una nueva ocasión en otro punto de la ciudad nos brinde a los arqueólogos la oportunidad de seguir reconstruyendo pacientemente las páginas perdidas de la historia de la ciudad.



Graf. 1. Evolución de los servicios cerámicos



Graf. 2. Evolución de las producciones del servicio de mesa

